

308

PUNTO
ROJO

SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS

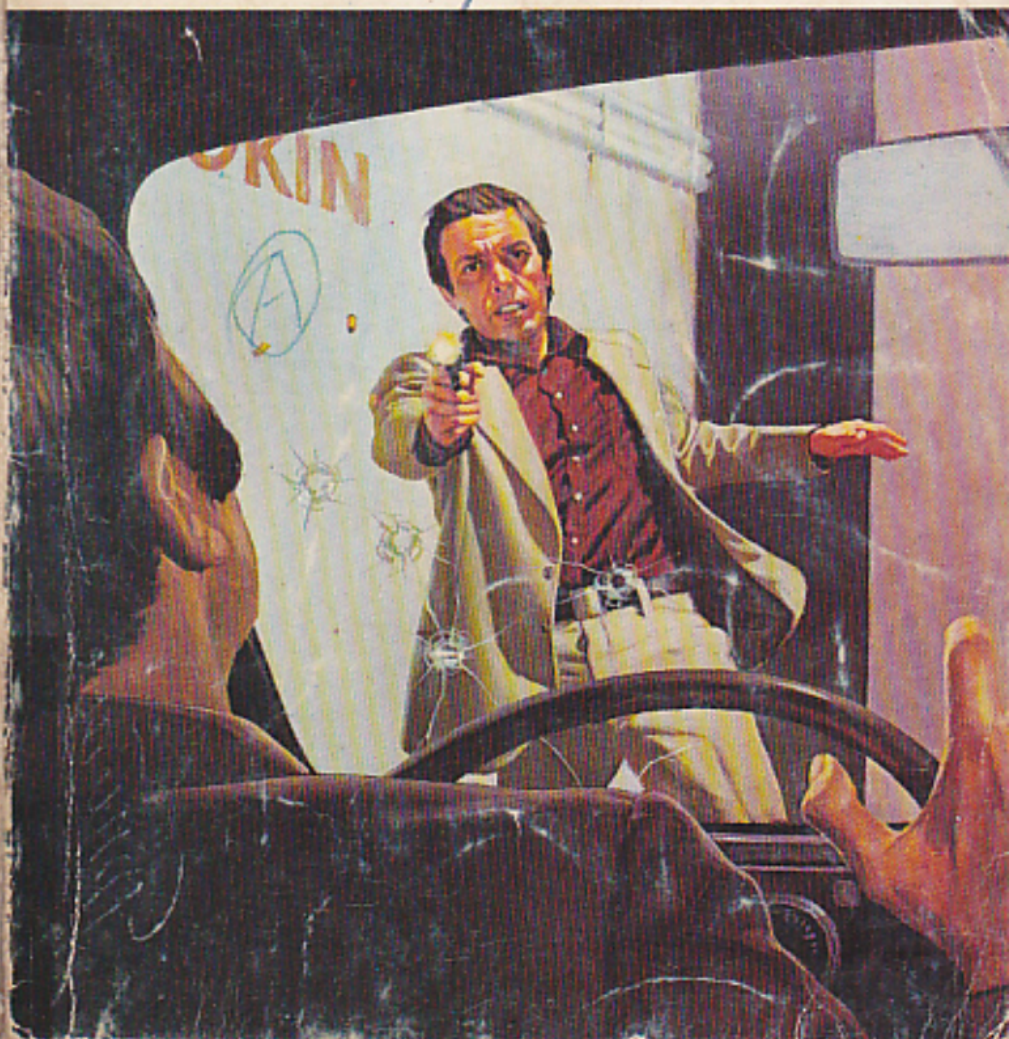
~~S~~ANGRE EN EL PARAISO

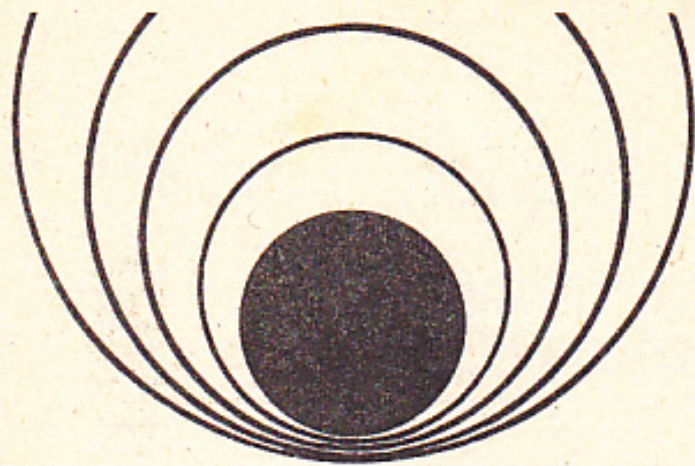
~~A~~lbert Rosbund

Albert Rosbund

SANGRE EN EL PARAISO

es





PUNTO ROJO



ALBERT ROSBUND
SANGRE EN EL PARAÍSO

Colección PUNTO ROJO n.º
908 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

456 — La marca imborrable.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

385—Yo pago el ataúd.

En Colección PUNTO ROJO:

904 — Página negra.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.516 —No piropees a la muerta.

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 24.715 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición; septiembre, 1979

© Albert Rosbund - 1979

texto

© Norma - 1979

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Ciáticos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del
Vallés N-152. Km 21.6-50) Barcelona - 1979

CAPITULO PRIMERO

Una mañana apareció mi jefe con rostro radiante por la oficina y me dijo:

—Ahí te queda eso, Bob. Me largo.

Así de escueto. Hizo un petate con sus objetos personales más queridos y se fue con viento fresco. Más tarde, gracias a míster Kerrigan, la señora que se encargaba de la limpieza de su apartamento y también del mío, supe que al fin había conseguido las tan ansiadas vacaciones que le debían e iba a pasarlas al otro lado del país, en Nueva York, con una hermana que hacía años no veía.

No me enfadé, ni siquiera me preocupé en demasía. La responsabilidad no era mucha, pues el trabajo no es abundante, más bien desahogado. Paradise es un lugar tranquilo, apacible, que hace honor a su nombre. Este pequeño pueblo se levanta al norte de San Francisco, lamiendo la costa, entre la desembocadura de dos ríos bautizados con nombre español, el Navarro y el García. Si ustedes lo buscan en los mapas posiblemente no lo encuentren. Y esto tiene su explicación.

Hasta hace muy poco Paradise no se llamaba así, respondía al nombre de White Rock y su censo no sobrepasaba los quinientos habitantes. Era una aldea más a lo largo de la carretera estatal número uno, un poco más arriba de conocidos lugares de esparcimiento como Port Arena y Manchester Beach. El único negocio próspero era el del viejo Morgan, propietario de un motel junto a la carretera. Por aquel entonces, todavía no muy lejano, los vecinos del lugar eran meros campesinos, agricultores, y ni siquiera existía una jefatura de policía. Es decir, yo no estaba aquí.

Un día apareció por White Rock un tipo con muy buena vista para los negocios y una mejor cuenta bancaria, Clem Simpson, del que tal vez ustedes hayan oído hablar, un prohombre de Frisco, padrino de urbanizaciones como las de Rich Flat y Riverhead. Según cuentan, parece ser que su «Cadillac Constellation» sufrió una avería a la altura de la aldea cuando iba camino de las áreas de recreo de Mendocino, Port Cabrillo y Fort Bragg donde tiene invertidos también importantes fajos de billetes, y mientras su chófer hacía las veces de mecánico, él no perdió el tiempo, se dio una vuelta por los alrededores y de pronto en su mente se hizo la luz y vio el gran negocio. Buscó el apoyo de unos cuantos amiguetes tan especuladores y tan forrados de pasta como él y en un abrir y cerrar de ojos organizaron el fabuloso tinglado. Oh, dios dólar, cuánto puedes tú. Lograste borrar ese insulso nombre:

White Rock, que a nada podía invitar, y conseguiste el de Paradise; levantaste un hotel, un casino y un balneario, y entre ellos numerosos chalecitos salpicados entre atractivas zonas verdes; erguiste unos cuantos edificios de apartamentos y montaste tres curiosos bares, sin olvidar el cine, el mussic-hall y la jefatura de policía,

En esta última entro yo. Y ya creo que es hora de que me presente. Mi nombre es Robert Palmer, Bob para los amigos. Vine aquí atraído por la buena paga y el sugestivo nombre del lugar. Y la verdad es que no puedo quejarme. La gente no da mucho trabajo, nunca ocurre nada extraordinario, salvo que al cabo de un mes enterramos vecinos a porrillo.

Cuidado, no se asusten. No es nada anormal. Se trata de muertes la mar de naturales.

Verán.

Paradise no nació como un paraíso —valga la redundancia— para turistas curiosos o para gente rica en época de vacaciones. No, señor. La idea de Clem Simpson y sus amiguetes de la pasta larga fue otra. Aquel lugar sería un paraíso para ancianos, jubilados y toda esa extraña ralea que espera el adiós definitivo.

¿Entienden ahora lo del carro mensual de muertes?

De todas formas, el censo de Paradise no disminuye. Todo lo contrario. Y es que son más los que entran que los que salen. El lugar ha cobrado un singular renombre, imagino que gracias a toneladas de publicidad sabiamente manejada, pues vienen gentes de todos los sitios, desde Boston, Baton Rouge, Kansas City o Bismarck. Incluso hay algunos venerables ancianos de Canadá y México.

Por supuesto, entre estas especies a exterminio no cabe el obrero de Nueva York con doscientos dólares de pensión ni el fundidor de Pittsburg con su fortunita de mil dólares..., salvo que los hijos hayan descollado en sus carreras y les puedan pagar la estancia aquí, como es el caso de algunos.

En Paradise sólo hay ancianos selectos. Gentes de buen nombre y mejor talonario. Todos con el gerovital auestas, ellos rodeándose de jovencitas fulanas en busca de dinero fácil o protectores que las lancen a la fama, ellas luciendo puñados de joyas para que brille algo en sus decrepitas anatomías.

Es un mundo nuevo, muy distinto al que yo conocía, que me impresionó fuertemente en cuanto llegué. Servidor era un patrullero más de San Francisco, perdido en el maremágnum callejero de la gran ciudad. Cuando se presentó la oportunidad de Paradise, no la dejé escapar. Soy un tipo desapasionado, tranquilo, que gusta del silencio y la paz. Paradise parecía ofrecer

esto, además de una succulenta paga, como creo ya haber dicho antes (diez mil dólares anuales, para que lo sepan todo), y por eso vine.

Como jefe de la comisaría de policía fue escogido Trevor McMillan, un hombre cuarentón, robusto, fuerte, con poco pelo y mucha vista. Un policía veterano, experto, que me causó muy buena impresión. Sabía mandar sin ejercer la dictadura, cosa que pocos consiguen, y en seguida se granjeó la simpatía y el afecto de los hombres a sus órdenes.

Estos éramos cuatro.

Slim Forbes. Un grandullón pelirrojo de treinta años de edad. Provenía de San Francisco, como yo, y nos conocíamos de vista. Rápidamente hicimos buenas migas. Normalmente se encargaba del trabajo burocrático de la oficina policial, incluido el teléfono y la radio.

Gary Montagu. El más joven del grupo: veinticinco años, rostro barbilampiño y sonrisa franca. Tenía muy buen gancho entre las escasas jovencitas bien consideradas de Paradise. Era el patrullero oficial. Con el auto solía recorrer un buen puñado de millas al cabo del día, por el pueblo y los caminos vecinales de los alrededores.

Peter Carlson. El más huraño e introvertido de todos. Los ratos libres los aprovechaba para pasear o leer, hablaba lo justo y no gustaba de dar excesivas confianzas. Era con el único —a pesar de tener la misma edad que yo: veintiocho años— con el que aún me hablaba de usted. Tampoco era mucho el trato que los demás teníamos con él porque realizaba el turno de noche. Cuando un asunto presentaba visos de gravedad, tenía la obligación de avisar a los demás, incluido el jefe.

Y yo, Robert Palmer, el segundo de a bordo. No soy guapo ni feo, alto ni bajo, fuerte ni flojo. En todo estoy en el término medio, que es la medida que considero más justa. En seguida me granjeé el aprecio de mi jefe y así me convertí en su hombre de confianza. El y yo no tenemos un trabajo fijo, en especial, somos una especie de comodines dispuestos a atender todos los problemas que se presentan.

Creo que llevamos el trabajo con seriedad, sin faltas. La prueba de ello es que nunca han habido protestas sonadas y que casi todo el mundo parece satisfecho con nosotros. El alcalde Livingstone nos ha elogiado públicamente en numerosas ocasiones y las últimas Navidades recibimos múltiples regalos de los vecinos de Paradise.

Por otro lado, es justo que reconozca que no hay excesivos problemas. Gary Montagu puede asegurar que los problemas de

tráfico son mínimos —colapsos circulatorios ninguno, atropellos uno de rábanos a peras—, y nosotros que los escándalos públicos existen, pero se cubren en seguida, muchas veces sin necesidad de que intervengamos, gracias a las rápidas gestiones de las principales autoridades civiles, gentes de toda confianza de la camarilla patrocinatora del lugar: la buena imagen de Paradise debe cubrirse a toda costa. Desde luego, he de reconocer que han habido robos, alguna que otra violación y unos cuantos casos de corrupción de menores. Nuestra mayor lacra es, sin lugar a dudas, la de los vividores, tanto masculinos como femeninos, atraídos por esta élite ancianil que en muchas ocasiones se muestra bastante ingenua y facilita el sablazo. Hemos expulsado a un buen número de gigolós y prostitutas, pero lamentablemente aún quedan para dar y repartir. Lo malo es la falta de pruebas, la poca colaboración que recibimos por parte de los conciudadanos. Claro que, ¿cómo les vas a pedir ayuda a los que pagan por estos «servicios»? El gigoló y la prostituta existen porque hay mujeres y hombres que están dispuestos a soltar dinero por sus favores.

Y ahora que me había quedado como jefe eventual de policía esperaba que las cosas no se desmandaran y continuaran por sus cauces normales.

Esperaba.

Lo cierto es que una noche sonó intempestivamente el teléfono de mi apartamento, cuando me encontraba durmiendo como un bendito.

Me desperté sobresaltado y sólo tuve que alargar un brazo para atrapar el auricular, pues suelo colocar el aparato sobre la mesita de noche.

Al mismo tiempo miré el reloj despertador. Eran las cinco de la madrugada. Pensé entonces que debía ser Peter Carlson y algo sucedía.

—¡Palmer! ¡Palmer!

No me equivoqué. Era él. Peter Carlson era el único que me llamaba por el apellido. Además, reconocí su voz, en esta ocasión bastante alterada, excitada.

—Sí, soy yo —respondí mientras parpadeaba, acostumbrándome a la luz de la pantallita que había encendido—. ¿Qué hay, Carlson?

La palabra resonó en mi oído como un trallazo:

—¡Asesinato!

CAPITULO II

¡Asesinato!

Nunca antes había sucedido algo igual. Y justo ahora, cuando el jefe estaba fuera, de vacaciones, y yo era el responsable máximo, ocurría.

¡Asesinato!

La maldita palabreja martilleaba constantemente mi cerebro mientras conducía alocadamente mi coche por las desiertas calles de Paradise. La noche era apacible, grata, pero eso no me importaba ahora lo más mínimo. No hice caso de los semáforos y sólo pensé que si Gary Montagu me hubiera visto, habría salido detrás de mí con la sirena puesta. Yo no llevaba la mía para no alarmar al vecindario.

Finalmente salí del pueblo y tomé la carretera que bordeaba el mar. El asesinato se había cometido en el bungalow número catorce del motel del viejo Morgan. Un motel ahora remozado gracias a los succulentos ingresos.

En seguida divisé los tubos de neón. Rojos y azules parpadeando en la noche, haciéndole cómplices guiños al tranquilo y oscuro mar que moría al otro lado de la carretera con un ligero susurro.

Rainbow Motel, decía.

«Murder Motel», pensé yo mientras frenaba con aparatoso chirrido de neumáticos. Salté del coche y corrí hacia la zona de los bungalows.

No hizo falta que mirara los números porque un pequeño grupo de personas se hallaba reunido en la puerta. Se palpaba la tensión.

Peter Carlson me salió de inmediato al paso, el rostro descompuesto. No estaba acostumbrado a estas cosas. Yo sólo tenía un ligero aprendizaje de mi callejear por Frisco.

—Una mujer —balbuceó nada más llegar junto a mí—. Han matado a balazos a una mujer.

El viejo Morgan, propietario del motel, se encontraba un par de pasos tras él. Se mantenía más sereno. Era un hombre calvo y robusto que ya había dejado atrás los sesenta años y cuyos ojillos grises habían visto muchas cosas a lo largo de su dilatada vida, según me contó durante una velada en la que compartimos unas copas. Le saludé con un gesto de la mano y eché a andar hacia el interior del bungalow entre la expectación de los concurrentes.

Dentro del bungalow había dos personas: la muerta... y un vivo.

Un vivo en los dos sentidos. Le conocía bastante. Se trataba de Larry Vidor.

Era un tipo joven, alto, apuesto, elegante. Lo suyo era vivir a

costa de las mujeres, sobre todo las menopáusicas que añoraban el vigor juvenil de un hombre. Ahora, desde luego, seguía siendo joven y alto, pero no cumplía con las otras dos cualidades. Se encontraba vestido únicamente con la ropa interior y no presentaba un aspecto muy recomendable. Su rostro bello, de sonrisa fácil, ahora mostraba un color pálido ceniciento diría yo.

—¿Qué hace éste aquí? —pregunté, frunciendo el entrecejo y mirándole con cara de pocos amigos.

—Fue quien denunció el asesinato —explicó el viejo Morgan, adelantándose al aún no recuperado Peter Carlson—. Entonces yo avisé al agente Carlson.

Lo di por bueno, de momento, y fijé mi mirada en el cadáver.

Era una mujer de mediana edad, calculé que estaría entre los cuarenta y los cuarenta y cinco años, de largos cabellos rubios. En aquellos momentos la expresión de su rústico era angustiosa, patética, y por tanto soy incapaz de decir si poseía belleza. Tenía buen tipo, eso sí. Vestía ropas de precio, muy sugestivas, ajustadas a su anatomía, y la falda, un tanto subida, dejaba ver unas piernas de trazado bastante potables. Su pechera era un completo desastre por culpa de la sangre que lo manchaba todo y que ya había comenzado a coagularse.

—¿Ha avisado al doctor? —le pregunté a Carlson, quien tenía la mirada clavada en la muerta, como si estuviera hipnotizado.

—Sí.

—Bien. Vayamos por partes —me encaré entonces a Larry Vidor—, ¿Cómo fue?

—Yo... yo quedé con ella y... y vinimos acá... Nos acostamos y... y cuando desperté me... me la encontré ahí. ¡Estaba muerta!

Había perdido buena parte de su arrogancia y puedo decir que casi temblaba como un niño. Le rogué que se calmara y se explicara mejor.

Lo intentó.

—¿Cuándo la conoció? —comencé a preguntar para ayudarle.

—Esta tarde.

—¿Dónde?

—En la barra del «Flamingo». Dijo llamarse Ruth Carson y estar aquí de fin de semana.

—¿Qué más?

—Bueno, tomamos unas copas juntos y quedamos para más tarde.

—¿Qué hicieron luego?

—Cenamos en «Brother John». Después de los postres ella me invitó a venir a su bungalow.

—¿Le invitó?

—Sí...

—¡No me venga con cuentos! —exclamé, furioso—. ¿Cuánto le pidió?

—Yo no...

—Está bien; dejemos eso —me lo pensé mejor—. No es lo más importante ahora. Siga con su relato. Vinieron acá, al bungalow, ¿y qué?

—Ella preparó unos cócteles. Bebimos y charlamos animadamente. Luego... luego nos fuimos a la cama.

—¿Y?

—Después me quedé dormido. Cuando desperté no la vi a mi lado. Salté de la cama y grité su nombre. Nadie me contestó. Salí aquí y me la encontré.

—¿Eso es todo?

—En seguida llamé al dueño, y así, eso es todo.

—¿Está seguro?

Cabeceó, asintiendo. No paraba de estrujarse las manos. Estaba muy nervioso.

—¿Y qué sabe usted, Morgan? —giré sobre mis talones para mirar al dueño del motel.

—Lo único que sé es que él llegó corriendo como un desesperado, en ropa interior, tal como está ahora, y me contó más o menos lo que acabamos de escuchar. Entonces telefoneé a la jefatura.

—¿Nadie oyó nada?

—No —respondió el viejo.

—No —agregó Peter Carlson, mirándome—. Ya he preguntado a los vecinos y para todos ha sido una gran sorpresa este horrible suceso.

—Aquí hay algo raro —murmuré, pensativo—, suponiendo que usted no la matara, Larry Vidor.

—¡No la maté, se lo juro!

—Muy bien. ¿Cómo es que ella se encuentra vestida de calle? Se supone que estaba en la cama, desnuda, ¿no?

—Exacto.

—¿Entonces...?

—Ella... ella debió levantarse y vestirse.

—Evidente. ¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Y usted no escuchó nada, absolutamente nada?

—Le doy mi palabra que no —alzó instintivamente la mano derecha, componiendo una figura realmente ridícula.

—Sí hubo otro asesino, éste debió entrar aquí, tal vez discutir con ella...

—¡No oí nada! —insistió.

—Un sueño demasiado pesado para un tipo como usted, demasiado despierto —comenté, mordaz.

—Ni yo mismo lo sé explicar —meneó la cabeza de un lado a otro, incrédulo. Parecía sincero—. Estoy sumamente extrañado.

—De todas formas —terció Peter Carlson—, los disparos debieron realizarse con silenciador acoplado.

—Es obvio —asentí yo—. Caso contrario el asesino hubiera puesto en estado de alerta a todo el motel.

Chasquéé la lengua, fastidiado. Menudo asunto me había caído encima para celebrar mis días como jefe eventual de la policía de Paradise.

Miré al Viejo Morgan.

—¿Cómo dijo llamarse? —señalé con un dedo a la muerta.

—Ruth Carson.

—¿De dónde procedía?

—De San Francisco.

—¿La conocía, Morgan?

—Había venido en alguna otra ocasión, pero nunca entablé amistad con ella. Además, si mal no recuerdo, una vez vino acompañada por un hombre y firmaron en el libro como matrimonio Carson.

—Hummm.

—Tal vez haya sido el marido —apuntó Peter Carlson—, Tal vez la pillara «in fraganti» y...

—Pudiera ser. Un crimen pasional... Pero es raro que un marido cornudo actuara tan limpia y fríamente, además de no tocar un pelo a este pimpollo,

—¿Permiten? —preguntó entonces una voz desde la puerta de entrada.

Todos mirarnos hacia allí. Era el doctor Thomas Links, un hombre, enjuto y moreno, de aladares plateados y mirada profunda. Aparentaba unos cuarenta años de edad. Y era el mejor profesional de la Medicina en Paradise, pues no había otro.

—Adelante, doc.

Pasó entre algunos curiosos que asomaban sus cabezas por el hueco de la puerta.

—Cierre, por favor —agregué.

Lo hizo. Después llegó hasta nosotros y la muerta. Le echó una fugaz mirada y comentó:

—Un feo asunto, ¿eh, Palmer?

Solté un gruñido.

—Y el jefe McMillan fuera.

—En efecto. Pero sabremos apechugar con el caso. Suyo es el

fiambre, doc.

Thomas Links se acuclilló junto a la muerta, depositando su negro maletín sobre el suelo. No tardó mucho en dar su primera opinión:

—Tres balazos en el pecho. Mortales de necesidad. Debe llevar ya un par de horas muerta.

Continuó con sus observaciones. Yo me encaré a Peter Carlson:

—Llame a los demás y dígales que les quiero aquí ahora mismo.

Luego le di un empujón al gigoló:

—Vayamos al dormitorio y vístase.

Larry Vidor me obedeció sin rechistar. Yo me acomodé en un borde de la cama y él procedió a colocarse los pantalones. Seguía nervioso, prueba de ello es que en ninguna ocasión acertó a la primera a la hora de meter la pierna por el hueco de la prenda.

—Vidor —dije, mirando al lecho y no a él—. Su coartada es más endeble que un papel de fumar. ¿Lo sabe?

—No tengo otra —repuso.

No había ningún rastro de sangre en las sábanas, tampoco ninguna señal que hablara de violencia. Giré el rostro. El gigoló se ponía en aquel momento una camisa de seda color granate.

—Inténtelo de nuevo.

—No servirá —compuso una mueca—. Le he dicho todo lo que sé, Palmer.

—Imposible. Ella se levantó de la cama y se vistió, y usted no se enteró.

—Sí.

—Alguien llegó, debió intercambiar algunas palabras con ella y luego le pegó tres balazos, y usted siguió sin enterarse.

—Sí.

Había terminado de abrocharse la camisa y ahora procedía a introducir los faldones en el interior del pantalón y a ajustar el cinturón de éste.

—¿Y cómo despertó?

—Bueno, como siempre. Me desperecé, entreabrí los ojos, di un par de vueltas por la cama...

—Ya veo.

—No hay más. Se lo juro.

—Basta de juramentos. Explíqueme otra cosa. ¿Seguro que no la conocía de nada?

—Seguro.

—Mire, Vidor. Esto es muy serio. Si no consigue convencerme, lo va a pasar mal. Por lo pronto, pasará el resto de la noche en la cárcel.

—¡No tiene derecho! ¡Yo no he hecho nada!

—Tal vez tuviera algún lío con ella —aventuré.

—No soy amigo de líos con las mujeres. No es ese mi estilo. ¿Unirme yo a una mujer? ¡Ni hablar! —alzó la barbilla orgullosamente, para luego tomar su chaquetilla negra de piel y colocársela.

—Tampoco entiende por qué ella se vistió de calle. Suponiendo que llamaran a la puerta, lo lógico era echarse un batín por encima o cualquier otra cosa. Pero no. Iba tan vestida como si fuera a pasear por Central Avenue.

—No conozco la respuesta, Palmer.

—Sí, ya lo sé. Usted no se enteró de nada —le miré fijamente.

—No. Es como si hubiera estado...

De pronto, calló y clavó sus ojos verdes en la copa que descansaba sobre la mesita de noche. Otra igual había en la gemela del lado izquierdo de la cama.

—¿Narcotizado? —inquirí, poniéndome en pie. Llegué hasta la copa y la olisqueé—. Lo averiguaremos.

CAPÍTULO III

El asunto no se presentaba muy alentador. Y por si esto fuera poco, de pronto apareció aquella morena airada gritando:

—¡Ha desaparecido mi padre!

Eran las diez de la mañana de un día caluroso, con un sol que prometía achicharrarnos unas horas después, y yo me encontraba en la oficina asimilando los resultados infructuosos.

Los muchachos se habían portado bien. Acudieron los otros dos al momento e interrogaron a todos los del motel, pero nadie había visto ni oído nada. Tampoco hallaron por ningún lado el arma homicida. Peter Carlson se había ido hacía una hora escasa a descansar y Gary Montagu ya patrullaba por las calles. A Slim Forbes le había encomendado una doble misión: primero, llevar al laboratorio de Billings, el farmacéutico, la muestra del cóctel preparado por Ruth Carson con la orden de prioridad sobre todos los asuntos que tuviera para ese día, y segundo, hacer averiguaciones sobre la asesinada en los establecimientos públicos de Paradise; tal vez alguien supiera de ella, dado que había estado en el pueblo en otras ocasiones. Por mi parte, yo había pedido línea directa con el Police Department de San Francisco y, una vez me la dieron, solicité hablar con el capitán Montgomery, con quien tenía cierta confianza y amistad. Le expliqué someramente lo que había sucedido aquí, rogándole tratara de recabar datos sobre la tal

Ruth Carson, quien decía proceder de la gran ciudad según el registro del motel. En su bungalow no habíamos hallado ningún documento que acreditara su personalidad. Colgué, con la promesa del capitán Montgomery de ayudarme, y justo en ese momento hizo acto de presencia la morena airada.

Ni siquiera se molestó en llamar a la puerta. Entró como un bello huracán, su melena negra como ala de cuervo agitada al aire.

La miré fijamente, un poco asombrado por tan intempestiva y hermosa visita. Era joven, no tendría más allá de los veinticinco años, morena, de buena estatura y figura esbelta. Poseía un rostro atractivo, de ojos grandes y negros, con una naricilla fina y recta y una boca de labios jugosos. Su seno alto y agresivo ahora subía y bajaba con ritmo vertiginoso por la excitación que la embargaba.

—¡Ha desaparecido mi padre, señor policía! ¡Ha desaparecido mi padre!

Tardé en reaccionar y fue por eso que ella añadió, elevando más la voz:

—¡Tienen que hacer algo!

Entonces me puse en pie, alzando la mano derecha.

—Un momento, señorita —dije, suponiendo que se trataba de una joven soltera—. Calma, por favor.

—¿Cómo quiere que me calme? —colocó sus brazos en jarras—. ¡Mi padre ha desaparecido y un asesino anda suelto por las calles de este pueblo!

—Oiga, vayamos por partes y nos entenderemos. Siéntese, haga el favor.

—Estoy mejor de pie.

—Como guste —volví a tomar asiento, quedando la mesa escritorio entre los dos—. Dígame, ¿qué sabe usted del... asesino?

—Lo que he oído al llegar a Paradise. Que anoche se cometió un asesinato y que la policía no ha atrapado al criminal.

—¿Y eso qué tiene que ver con su padre?

—No lo sé.

—¿Entonces...?

—Sólo sé que he llegado a su casita y no le he encontrado. Y no resulta muy tranquilizador que un asesino ande suelto por ahí...

—Ya veo.

—¡Han de encontrarle! —me apuntó con un índice rematado en una larga y manicurada uña.

—¿Por qué no deja de pegar esos horribles chillidos, se calma y me explica las cosas mejor?

La joven, airada, hizo una profunda inspiración. Creí que su seno estallaba. Pero no ocurrió nada: dejó escapar el aire y por fin tomó asiento.

—Mi padre es propietario de uno de los chalecitos de la Pacific Avenue —comenzó a decir.

—Inmejorable zona —comenté.

—Se halla jubilado y se vino aquí a pasar sus últimos días —hizo caso omiso de mis anteriores palabras—. Yo vivo en San Francisco. Trabajo como delineante para un arquitecto y de vez en cuando, si tengo un hueco, vengo a visitar a mi padre.

Realizó una pausa para respirar mejor. Yo no dije nada; continué mirándola. Valía la pena.

—Ayer noche le telefoneé, comunicándole que hoy, a primera hora, llegaría para pasar el fin de semana con él. Y eso es lo que he hecho. Presentarme a las nueve en el número 205 de Pacific Avenue, abrir la puerta con la llave que tengo y no encontrar a nadie.

Se me quedó mirando, esperando que dijera algo. Me humedecí los labios con la lengua y comenté:

—Bueno, eso no significa nada...

—¿Ah, no?

—Tal vez haya salido a dar una vuelta...

—¿A las nueve de la mañana, sabiendo que yo iba a llegar de un momento a otro? Además, él me dijo anoche que estaría en casa.

—Algún imprevisto.

—Aún queda otro detalle, señor policía —sus bellos ojos relampaguearon.

—¿Cuál?

—La cama estaba intacta, como si no hubiera dormido en ella. Y según sé de otras veces, la señora que pasa a hacer la faena de la casa, no llega hasta un poco antes de la hora del almuerzo.

—Pero usted me ha dicho que anoche habló telefónicamente con él. ¿Fue usted quien le llamó?

—Sí.

—Luego estaba en casa.

—Sí —reconoció, para añadir vehementemente al instante—: ¡Pero debió salir por algo y no regresó!

—Hummm.

—¡Otro detalle, señor policía! Tampoco había indicios de que hubiera desayunado. El acostumbra a prepararse un café y varias tostadas con mermelada.

—¿No le comentó nada anoche, cuando hablaron?

—No... Bueno, sí...

—¿Qué?

—Siempre se alegra de que yo vaya a visitarle, pero esta vez se mostró reacio, incluso llegó a insinuarme que no viniera. Pero yo soy muy terca y...

—No hace falta que me lo jure —rezongué.

—No le caigo simpática, ¿eh?

—Oh, no es eso, señorita. Sólo ocurre que ha aparecido usted en un momento... inoportuno, si me permite la expresión. Tengo un grave problema con el asunto del asesinato.

—Le comprendo, señor policía, pero para mí el grave problema es mi padre.

—Estamos a la par, entonces —sonreí—. Yo también la comprendo a usted.

—¡Y quiero que lo empiecen a buscar ya! —saltó de la silla, enfureciéndose de nuevo.

—Por favor...

—Le aviso que tengo influencias en San Francisco y que como...

—Deje las amenazas para otro día, señorita. Buscaremos a su padre, por supuesto, pero trabajaremos a nuestro modo y dentro de nuestras posibilidades. Para bien o para mal, la fuerza policial

de este pueblo sólo se compone de cuatro gatos, hablándole claro, y no podemos realizar un gran despliegue *made in Frisco*. Se tendrá que contentar con la que hay, tanto en número como en capacidad de trabajo.

Después de mi extensa exposición, reinó el silencio. Ella se dejó caer nuevamente en la silla, perdidos los humos, y yo tomé papel y bolígrafo.

—Dijo que su padre vive en el 20 de Pacific Avenue...

—En efecto.

—¿Cuál es su nombre?

—Gerald Ford.

Levanté la vista del papel y arqueé una ceja.

—No sabía que el ex presidente ya se hubiera jubilado y se encontrara aquí...

—¡Déjese de guasas! —bramó.

—Diablo, creí que era usted la que bromeaba.

—¿Es que en este país no pueden haber más personas que se llamen así?

—*Okay*. Concedido. Gerald Ford.

La joven soltó un bufido.

—Edad —solicité.

—Sesenta y seis años.

—Datos físicos, por favor.

—Un metro sesenta y cinco de estatura, cincuenta y seis kilos de peso, poco pelo, todo él canoso, ojos pardos, abundante papada, siempre acostumbra vestir traje de chaqueta y corbata...

—¿Algún detalle más?

—Camina arrastrando la pierna izquierda. Sufrió un accidente de tráfico hace unos años...

—Bien —musité, levantándome y dirigiéndome hacia la radio con el papel en la mano. Puse el contacto y entablé conexión con el auto patrulla de Gary Montagu.

—¡Aquí Gary!

—¿Alguna novedad?

—Ninguna, Bob.

—Atienda a esto.

A continuación le puse en antecedentes del caso Ford, rogándole iniciara las primeras pesquisas.

Una vez finalicé, Gary Montagu soltó una risita y comentó:

—Seguro que encuentro a ese viejo en un tugurio con alguna chavala espabilada.

Corté, pero ya era demasiado tarde. La joven lo había oído todo.

—¡Son ustedes unos degenerados! —exclamó, despectiva, de

nuevo en pie, fulminándome con la mirada—, ¡No confío en ustedes ni así! —se señaló la uña del meñique.

—Lo siento —murmuré, echando de mala gana el papel sobre la mesa escritorio.

—¿Hay algún detective privado en este pueblo?

—No.

Apretó los labios con rabia, silenciosa, supongo que reflexionando sobre lo que debía decir o hacer. De pronto giró sobre sus talones y salió de allí tal como había llegado, cual un bello huracán. Lamenté que no me hubiera dicho su nombre.

También lamenté no haberla podido ayudar personalmente, pero debía permanecer en la oficina a la espera de la llamada de San Francisco, la cual podía proporcionarme importantes datos sobre la personalidad de Ruth Carson.

No llegué a tomar asiento. Alguien llamó a la puerta nada más salir ella.

—¡Adelante! —invité.

En mi mente nació la pequeña esperanza de que fuera otra vez la joven, pero no. Se trataba de Thomas Links, el médico de Paradise.

El galeno soltó un bufido, mirando con sus ojos oscuros hacia la puerta que acababa de cerrar.

—¡Ya ni se puede andar por las aceras! —exclamó.

—¿Qué ha sucedido, doc?

—¡He estado a punto de ser atropellado por una joven que parecía un bólido!

Solté una espontánea carcajada.

—¿Por qué se ríe, Palmer? —el doctor permanecía con su gesto enfadado.

—Imagino con quién se ha tropezado.

—Yo no la conocía.

—Es la hija de uno de nuestros residentes, un tal Gerald Ford. ¿Le suena a usted ese nombre?

—¿El del ex...?

—No —corté yo rápidamente.

—Pues entonces no sé de quién habla.

—Según ella, su padre ha desaparecido. En fin, ya veremos.

—Parece ser que todos los problemas vienen juntos, Palmer.

—Sí —murmuré, para acto seguido fijar mi mirada en el papel que llevaba en las manos y preguntar—: ¿Él resultado de la autopsia?

—En efecto —me alargó la hoja—. Como verá, no hay ninguna novedad llamativa.

Así era. El doctor Links no había hecho otra cosa que concretar

las primeras impresiones de la madrugada anterior. Hora de la muerte: sobre las tres y cuarto aproximadamente. Causa: tres balazos, indicando a continuación la curiosa trayectoria de los plomos y los destrozos que habían ocasionado a su paso. No se apreciaban señales de violencia en su cuerpo, ningún rasguño, golpe o hematoma. Era evidente que había tenido relación sexual íntima esa misma noche.

—No es mucho... —musité.

—Pero es todo. Bueno, no —rectificó al momento—. Aún me falta entregarle esto.

Metió la mano en un bolsillo y luego depositó sobre la mesa escritorio las tres balas.

Tomé una y la observé.

—Calibre treinta y ocho, si no me equivoco —comenté.

—Eso es competencia suya —se encogió de hombros Thomas Links.

—Bien. Gracias por todo, doc.

—No hay de qué. Por cierto, el cadáver se encuentra en el depósito de la Clínica Municipal.

—Lo supongo. Permanecerá ahí mientras esperamos si alguien lo reclama de San Francisco. Si no, se procederá a su entierro aquí.

—De acuerdo. Hasta luego, Palmer.

El médico salió de la oficina y yo me dirigí hacia la radio. Entablé comunicación con Gary Montagu.

—¿Algo sobre ese viejo llamado Gerald Ford?

—Nada. He preguntado en la vecindad y nadie le ha visto desde ayer tarde. La opinión personal es que se trata de un hombre afable, muy correcto, y que es extraño que se haya largado sin decir nada a nadie.

—Continúa con el asunto.

—*Okay*.

—Otra cosa.

—¿Qué?

—¿Se respira ambiente de normalidad en el pueblo?

—Eso parece.

—¿Has investigado también de paso sobre Ruth Carson?

—Si. Desconocida, por el momento.

—Está bien. Hasta luego.

Corté la comunicación y tomé asiento frente a la mesa escritorio. Jugué un rato con los papeles, el de la autopsia y el de los datos del desaparecido Gerald Ford, y con las balas, sin llegar a ninguna conclusión clara.

Llamaron de nuevo a la puerta y en esta ocasión hizo acto de presencia Harold Sten.

Era un tipo singular. Contaba treinta años de edad, vestía con elegancia y poseía el título de abogado. Llegó a Paradise cuando un servidor, montó un bufete y ofreció sus servicios a toda la escoria de vividores que pululaban por el pueblo. Habíamos tenido muchos roces con él y, si he de ser sincero, tengo que decir que ya le estaba echando en falta, pues imaginaba cómo debía haber aprovechado Larry Vidor la llamada telefónica a la que tenía derecho según la ley.

Según esa misma ley existe un mandamiento llamado «habeas corpus», mediante el cual un detenido tiene derecho a que un juez estime si su detención ha sido arbitraria o no. Eso fue precisamente lo que puso ante mis narices el flamante abogado.

—Suelte a mi cliente, Palmer —dijo, sin llegar a saludarme.

Tomé el papel y lo leí. Como siempre, no tenía tangente por la que salir.

Harold Sten me sonrió muy ufano, con su pulcro portafolios bajo el brazo. Su rostro de facciones toscas expresaba la satisfacción del triunfo.

—Tengo prisa, Palmer.

No me molesté mucho, pues en cierto modo no estaba totalmente convencido de la culpabilidad de Vidor. De todas formas, dada la clase de elemento que era y por si las moscas, prefería tenerlo a buen recaudo.

Me puse en pie.

—De acuerdo, Sten.

Poco después Larry Vidor salía muy contento en compañía del abogado.

—Recuerde, Vidor, que le quiero a mi disposición en cualquier momento —le dije antes de que traspusiera el umbral de la puerta—. Como desaparezca, juro que le tiraré encima a los federales.

—No se preocupe, Palmer —me replicó Harold Sten—. Será un muchacho ejemplar.

Le dio una afectuosa palmada en la espalda a su cliente y desaparecieron definitivamente de la oficina. Justo entonces sonó el teléfono.

Como había sospechado, era el capitán Montgomery desde San Francisco.

—Palmer, muchacho, tengo novedades para ti —fue lo primero que me dijo y eso me alarmó y me animó a la vez.

—¿Qué hay?

—Ruth Carson es un buen punto. En los archivos de la Brigada del Vicio hay una excelente ficha suya. El teniente Armstrong, de esa Brigada, se ha interesado personalmente por el asunto. Quiere hablar contigo.

—Muy bien. Pásemelo.

Hubo un breve silencio. Luego una voz más bronca que la del capitán:

—Hola, Palmer. Soy Armstrong. John Armstrong.

—Mucho gusto, teniente. ¿Qué puede decirme de esa mujer llamada Ruth Carson?

—Como ya le adelantó el capitán, se trata de un buen punto. Desde hace tiempo mis muchachos y yo andamos tras ella, pero siempre ha logrado salir cop bien. Es la propietaria de un par de garitos y burdeles aquí en la ciudad, y se sospecha que trafica con mujeres y con drogas.

—¡Sorprendente ejemplar! —comenté, vivamente asombrado. No podía esperar tanto de aquella mujer muerta que yo había conocido unas horas antes.

—Era una mujer autoritaria, con fuerte carácter y muy pocos escrúpulos. No teníamos noticias de que se hubiera ido a Paradise.

—Pues aquí estaba. Supongo que ya conocerá los detalles del hallazgo por el capitán Montgomery.

—Sí.

—¿Estaba casada? —pregunté, recordando las palabras del viejo Morgan.

—En efecto. De soltera se llamaba Lowell. Ruth Lowell. Con ese nombre dio mucha guerra y mucha gente no la olvida. Precisamente a quien nos estamos dedicando últimamente es al marido.

—¿Quién es?

—Se llama Spencer Carson. Es un tipo más joven que ella, un vividor de cuidado. El fulano tuvo gancho y supo pescarla. Pero hace unos días saltó la sorpresa: ella presentó demanda de divorcio.

—¿Averiguaron por qué?

—Fue lo primero que hicimos. Ella había descubierto que le engañaba con una de sus empleadas, una pelirroja llamada Belinda Andrews. La puso de patitas en la calle y comenzó los trámites legales para separarse de él. Parece ser que comentó que cuando compra a un hombre, lo quiere sólo para ella.

—Una mujer posesiva, además. Dígame, Armstrong, ¿por qué se están dedicando últimamente al marido?

—Por lo del divorcio. El hombre, al verse desamparado, puede abrir la espita, creemos.

—Entiendo. Quieren aprovechar este asunto pasional para enfrentarlos.

—Eso es —soltó una risita el teniente de la Brigada del Vicio—.

Pero hasta el momento no hemos obtenido ningún resultado.

—¿Por qué?

—Spencer Carson prefiere continuar al lado de ella y está haciendo todo lo posible porque ella le perdone. Tal vez ame a la pelirroja Belinda Andrews, pero ésta no tiene un centavo y además está sin empleo. Hasta ahora las cosas les iban muy bien, pero como Ruth Carson les descubrió..., ya no pueden continuar viviendo juntos y a su costa. Por otro lado, Ruth Carson no se fía de las buenas palabras de su marido.

—Y éste se encuentra en una especie de encrucijada, ¿no es eso?

—Algo así. Aunque nos tememos que no sepa mucho, porque si no ella no hubiera iniciado los trámites del divorcio y se habría limitado a... liquidarlo.

—Bonito asunto.

—En fin, eso es más o menos lo que puedo contarle sobre Ruth Carson. Por nuestra parte, trataremos de localizar a su esposo. Le interrogaremos sobre el caso, a ver qué nos cuenta. Ya se lo comunicaremos.

—De acuerdo. Gracias.

—Estamos a su disposición, Palmer.

John Armstrong le pasó el teléfono al capitán, cruzamos unas cuantas palabras de despedida y luego colgué.

Me quedé hondamente pensativo. Ruth Carson había resultado ser una mujer de cuidado y su muerte podía ser algo más que un vulgar caso de asesinato,

¿Por qué había venido a Paradise? ¿Por qué había «ligado» con un tipo como Larry Vidor?

Y no sólo eso; si lo había narcotizado, ¿por qué? ¿Y por qué se había vestido de calle?

Lo peor: ¿tendría algún sucio negocio en Paradise? ¿Era aquello el principio de serios problemas para nosotros, los hombres de la ley?

Todo eran preguntas y ninguna respuesta. Supongo que arruguitas de preocupación debían surcar mi frente, como era habitual en mí cuando no estaba claro. Y aquel caso, con lo poco que sabía, era para poner en estado de alerta al más pintado.

Pero ¿qué más podía hacer?

Llegado a este punto en mis pensamientos, la puerta de la oficina se abrió de golpe y un hombre entró dando traspiés hasta encontrar mi mesa, donde se apoyó para no perder el equilibrio.

Nos quedamos mirando fijamente. Era un joven de veintisiete años, alto, esbelto, de rostro curtido y facciones de cierto atractivo varonil,

Tras él apareció la corpulenta figura de Slim Forbes, con sus cabellos rojos alborotados.

—¡Mira lo que he encontrado, Bob! —me lo señaló con un dedo —. ¿Sabes quién es?

—No.

—Spencer Carson, el esposo de la muerta.

CAPÍTULO IV

Me levanté y el guapito de cara gritó:

—¡Yo no he hecho nada! ¡No me peguen! ¡Yo no he hecho nada!

—Nadie le va a poner una mano encima..., por el momento —dije, rodeando la mesa escritorio y acercándome a él—. Serénese, Carson.

El marido de la difunta retrocedió unos pasos y yo le permití que tomara asiento en la silla. Dirigí mi mirada hacia Forbes.

—¿Sabía ya lo de...?

—Le encontré en el «Paradise Hotel» —me interrumpió Slim Forbes, comenzando la explicación—. Acababa de llegar y tomar habitación, según me informó la recepcionista, esa rubita entrada en carnes llamada Betty Garfield —me guiñó un ojo. Ultimamente Forbes andaba detrás de esa muchacha—. Me presenté ante él, le interrogué, dijo haber venido de San Francisco para pasar el fin de semana... Finalmente le puse en antecedentes y él se mostró muy sorprendido. Negó cualquier conexión suya con lo acaecido anoche en el bungalow. De todas formas, decidí traerlo acá.

—Has hecho bien.

—Fue una suerte que, al solicitarle a Betty el libro de registro y leer los nombres, me chocara en seguida el de este sujeto. En seguida pensé que pudiera ser el esposo de la asesinada, pues el viejo Morgan había declarado que ella había venido en alguna ocasión con un hombre, figurando como matrimonio. Luego, durante el interrogatorio, me confesó ser el marido de Ruth Carson.

Las últimas palabras de Slim Forbes las escuché ya de espaldas a él. Me había encarado a Spencer Carson y lo observaba con curiosidad.

Daba la misma medida de Larry Vidor, eso era lo más evidente. Realmente parecía asustado, temeroso, al menos tal era la expresión de sus ojos negros. No se podía estar quieto en la silla; se removía constantemente.

—Bien, Carson —le dije cuando finalizó mi compañero—. Le llegó el turno.

—¡No la maté! —gritó una vez más—, ¡Yo estaba en Frisco anoche!

—¿Sí?

—¡Se lo juro!

—Los juramentos no valen, Carson. ¿Tiene alguna coartada, por ejemplo?

El tipo calló, hundiendo la barbilla en el pecho.

—¿Qué le ocurre? ¡No me diga que no tiene usted una buena coartada!

Tardó aún unos segundos en alzar la vista y decir con un hilo

de voz:

—Estuve en casa, solo, durmiendo.

—Oh, qué pena.

—¡Le juro que no me moví de casa!

—Olvide los juramentos.

—Cené en «Bruno's» y luego me retiré a mi casa. Estuve tratando de localizar a mi esposa telefónicamente, pero no lo conseguí. Al amanecer me llamó una empleada amiga, de gran confianza. Había pasado la noche con Marcus Templeton, el gerente de los negocios de mi esposa. Este se fue de la lengua y le confesó que mi mujer había venido aquí, a Paradise. Le di las gracias, tomé el coche y me vine para acá a todo gas.

—Luego no venía a Paradise a pasar el fin de semana. como le dijo a mi compañero —observé.

—Bueno —se mesó nerviosamente los cabellos—. Entonces no sabía todavía lo que había sucedido. Creí que se trataba de un interrogatorio rutinario y que por tanto no debía dar a conocer mis auténticas razones personales. Atravieso un grave problema matrimonial y...

—Lo sé.

—¿Lo sabe? —casi saltó de la silla.

—Acabo de hablar con el Police Department de Frisco. El teniente John Armstrong, ¿lo conoce?, me ha facilitado un amplio informe sobre ustedes dos, su esposa y usted.

—Ya.

—Parece ser que su mujer había iniciado los trámites de divorcio, ¿no?

—En efecto.

—Por culpa de una empleada suya, una pelirroja llamada Belinda Andrews.

—Cierto. Pero fue sólo una aventurilla. Así se lo confesé... y así pensaba insistirle. Por eso quería verla. Desde que estalló el jaleo, ella se fue a vivir a otra casa y ya no quiso saber de mí. Me era muy difícil localizarla. Yo quería pedirle perdón y jurarle que Belinda Andrews ya estaba olvidada. ¡Que no volvería a suceder!

—Entonces, esa es la razón por la que vino aquí.

—Exacto.

—Yo no me fiaría mucho de este fulano —terció Slim Forbes, dando un paso al frente—. De San Francisco hasta aquí hay aproximadamente unas cien millas. Con un coche medianamente bueno esa distancia se puede cubrir en un par de horas. Por tanto, tuvo tiempo suficiente para venir a medianoche, matarla y regresar. Luego le telefoneó esa chica y volvió para disimular.

—¡Todo eso es una patraña! —exclamó Spencer Carson

saltando ya de la silla, sumamente excitado—. Si yo la maté, como afirma este hombre, ¿para qué volver aquí y correr riesgos inútiles?

También en eso pensaba yo. Le puse una mano en el pecho y le empujé de nuevo a la silla. Miré a Forbes.

—Larry Vidor ya se fue. El pillo de Harold Sten se presentó con un «habeas corpus».

El me comprendió. Con Spencer Carson, tal como estaban las cosas, podía suceder otro tanto.

—Bien, Carson —dije—. No le voy a detener, pero permanecerá en Paradise un día más al menos, mientras el asunto se clarifica un poco.

—¿Por qué? ¡Yo no tengo nada que ver!

—Tendremos que comprobarlo. Usted tiene una buena razón para haber matado a su mujer.

—¿Cuál?

—Si ella estaba totalmente decidida a llevar el divorcio adelante, evitar éste.

—¿Qué? —ladró.

—¿Es que no se ha dado cuenta aún? —sonreí—. Ahora es usted su heredero, con toda seguridad.

—Está diciendo que yo... yo...

—Una buena razón, ya le dije. Su esposa era dueña de suculentos negocios, según me he enterado. Debían proporcionarle pingües beneficios, ¿no?

—Sí... —musitó.

—Le propongo que durante estas veinticuatro horas se encargue de tramitar el traslado del cadáver, si es que desea que sea enterrado en San Francisco.

—Haré eso, sí.

—Y no se le ocurra largarse de aquí sin antes notificármelo. También puede pasar a recoger el «Ford Mustang» de su mujer. Está en el aparcamiento del motel.

—Sí, señor —cabeceó como un dócil caballo. Luego, fue a levantarse.

—Alto —dije yo.

—Creí que ya podía irme.

—Aún no. Quiero que me responda a unas cuantas preguntas, Carson.

—Usted... usted dirá... —se puso en guardia aquel vividor de Frisco.

—Si usted no fue el asesino, debemos pensar en otra persona.

—Sí, claro.

—¿Qué me puede usted contar de las relaciones, amistades de

su esposa?

—Yo... yo de eso sé muy poco. Ya una vez me interrogaron los policías de Frisco y... y no pude ayudarles.

—O no quiso.

—Aunque hubiera querido, no habría podido. Mi mujer me mantenía totalmente al margen de sus negocios. Yo era su... —se detuvo un instante, apretando los labios—, yo era su muñeco. Eso decía. Su muñeco.

—¿Y eso le gustaba a usted?

—Bueno, eso es otro asunto que nada tiene que ver con el actual.

—Eso lo dice usted.

—Es algo personal entre ella y yo. ¡Y no quiero responderle!

—Me figuro la respuesta.

—Haga lo que guste.

—Usted consentía ser su muñeco porque gracias a ella podía vivir espléndidamente. No es usted más que un gigoló, un sucio vividor.

Spencer Carson aguantó estoico mis palabras. Yo seguí diciendo:

—Pero volvamos a lo de antes. ¿Quién más pudo querer matarla?

—No lo sé.

—Haga un esfuerzo.

—¡No sé nada de sus negocios! ¡No sé la clase de enemigos que podía tener! ¡Pregúntenle en todo caso a Marcus Templeton!

—¿Qué hay con él?

—Es el gerente de los negocios de mi mujer, su brazo derecho, su hombre de confianza. ¡El sabe de esas cosas mucho más que yo!

—Supongo que la policía de Frisco lo intentaría.

—Por supuesto. Pero todos sus esfuerzos resultaron estériles. Marcus Templeton siempre fue una tumba. Sabe que si Ruth cae, él también.

—¿Y por qué piensa que ahora puede hablar?

—Por la muerte de Ruth. El debe conocer a sus enemigos.

—Ya.

—Mire, señor... ¿cómo se llama?

—Palmer.

—Pues bien, señor Palmer: le juro por mi madre que no sé nada del asesinato de Ruth. ¡Déjenme en paz!

—Oh, ya volvió a los juramentos. Le dije que los olvidara. Un juramento, hoy día, no vale absolutamente nada, y mucho menos en boca de gente vividora como usted. Me gustaría que colaborara con nosotros.

—No sé nada.

—¿Y qué me dice de su amiguita, esa tal Belinda Andrews, la pelirroja?

—Desde que estalló el jaleo que no la veo.

—No me diga.

—Se lo juro.

Hice una mueca. El se encogió de hombros y exclamó:

—¡Es que no sé qué decir, maldita sea! ¡Dejé a Belinda para que Ruth comprendiera que me importaba mucho más ella!

—¿Pudo ser ella?

—¿Por qué razón?

—Por despecho.

—No lo creo. De todas formas, búsqüenla. Yo les puedo proporcionar todos sus datos: es pelirroja, de formas opulentas, cuenta veinticuatro años de edad, tiene los ojos color verde claro, de una estatura mediana y un peso de cincuenta y nueve kilos aproximadamente.

Estaba claro que Spencer Carson hacía todo lo posible por alejar las sospechas de él, y para ello nada mejor que hablar de otros, primero Marcus Templeton, después Belinda Andrews. Lo hacía muy bien, con gran disimulo.

—¿No se le ocurre ningún nombre más? —le pregunté mientras Slim Forbes tomaba rápida nota de la descripción de la muchacha.

—No... No...

—Añada los datos de ese tal Marcus Templeton —rogó entonces Slim Forbes—. No fuera a ser que también anduviera por estos lares.

Lo hizo. Cuarenta y cinco años, pelo castaño con profundas entradas a los lados, ojos oscuros, nariz roma, estatura más bien baja, no sobrepasando el metro sesenta y cinco, y peludo como un oso. Siempre vestía trajes de chaqueta con corbata sujeta por un espléndido alfiler valorado en mil dólares.

—Está bien, Carson. Puede marcharse.

Se puso en pie, con media sonrisa de satisfacción. Antes de salir, le advertí:

—Si le necesito espero poderle localizar en el «Paradise Hotel». Y si de pronto usted recordara algo, no olvide comunicárnoslo.

—Así lo haré —prometió, abriendo la puerta y saliendo de la oficina.

Slim Forbes me miró con gesto avinagrado.

—No te preocupes, Slim —le dije—. No tenemos pruebas concluyentes contra ellos. Teniéndolos fuera, tal vez den un paso fatal.

El grandullón pelirrojo soltó un gruñido, muy poco convencido.

Yo me dirigí hacia el teléfono y entablé comunicación de nuevo con el Police Department de Frisco. Pedí hablar en esta ocasión con el teniente John Armstrong directamente.

—No sea impaciente, Palmer —me dijo tras los saludos de rigor, con un poco de sorna—. Aún no tenemos nada para usted.

—Pero yo sí para ustedes.

—¿Qué es?

—Spencer Carson está en Paradise. Llegó esta mañana. Y jura que la noche la pasó en su casa de San Francisco, durmiendo solo.

—Humm.

—Quisiera que se encargaran de averiguar el paradero de Marcus Templeton, el brazo derecho de la asesinada, y de Belinda Andrews, la amiguita de Carson. Caso de que estén en Frisco, ahí, que les expliquen dónde estuvieron anoche, entre las dos y media y las tres y media.

—Muy bien. Eso haremos. Ya le llamaré yo.

—Suerte.

—Igualmente.

Cogué y entonces me dirigí a Forbes.

—Ponte en comunicación con Gary y dile que deje el caso del viejo Ford. Yo me encargaré ahora de ello. Facilítale las descripciones de esos dos, Templeton y la Andrews, y que remueva las piedras si es preciso para saber si están aquí. Tú quédate en la oficina a la espera de las noticias de San Francisco.

—Okay, jefe —se llevó dos dedos a una sien.

—Menos guasas —repliqué yo, sonriendo, camino ya de la salida.

Cogí mi coche y primeramente me dirigí a la farmacia de Billings, en cuya trastienda tenía montado su pomposo laboratorio.

Billings era un hombre que había dejado ya atrás el medio siglo de existencia. Calvo como una bola de billar, bajito, ligeramente encorvado y con una nariz típicamente judía, sobre la que descansaban unas gafas de gruesa concha, pasaba por ser un tipo bastante insignificante.

Salió envuelto en su bata blanca, nada más escuchar la campanilla de la puerta. Al verme, sin necesidad de que yo le dijera nada, prorrumpió en excusas, una detrás de otra, interrumpiéndome cada vez que intentaba abrir la boca.

Resumen: todavía no había realizado el trabajo solicitado. Pero no debía preocuparme, dentro de una hora a lo sumo lo tendría en la oficina. Me daba su palabra.

La acepté con mala cara y retorné al coche. Entonces me encaminé hacia Pacific Avenue. Observé, como ya me había comunicado Gary Montagu, que el pueblo respiraba auténtica calma, manteniendo su ritmo de vida normal. Unos iban de compras, otros paseaban, los menos se dirigían hacia la playa. La

población ancianil continuaba siendo notable.

Finalmente alcancé la avenida, repleta de palmeras y de chalecitos. A lo lejos, al oeste, se divisaba la mole del balneario.

Cuando detuve mi coche frente al número 205 me llevé una gran sorpresa. Dos tipos arrastraban de mala manera a la joven morena que se había presentado en la oficina para denunciar la desaparición de su padre.

Eran dos tipos altos y desgarbados, con cara de pocos amigos. Cada uno de ellos llevaba cogida por un brazo a la muchacha y la arrastraban a duras penas hacia un cercano coche. Ella no podía gritar porque la habían amordazado, pero intentaba zafarse de aquellas garras que la sujetaban y la obligaban a avanzar.

Salté del coche y grité:

—¡Eh! ¡Esta no es forma de tratar a una señorita!

Los dos la soltaron a una. Uno de ellos, el más moreno, exclamó:

—¡Policía!

Era evidente, dada mi vestimenta beige, mi placa y mi revólver al cinto.

La joven quedó tirada en el suelo, mirándome con ojos llenos de esperanza. Yo no lo dudé un instante y me abalancé sobre ellos.

Si en un principio pensé que aquella pelea podía ser resuelta únicamente a puñetazos, me equivoqué. Es cierto que logré atizarle a uno de ellos, al moreno, en pleno rostro, lanzándolo de espaldas contra la verja del chalet, y que el otro vino hacia mí con intenciones de machacarme las narices, golpe que le detuve con el antebrazo izquierdo para luego incrustarle mi puño derecho en el hígado. Se venció hacia adelante, bufando, y yo me hice a un lado para dejarle pasar y poderle castigar fácil y definitivamente en la nuca. Esto fue lo que me salvó la vida.

El moreno quiso resolver el asunto por la vía más expeditiva y, tras chocar con sus espaldas contra la verja del chalet, echó mano de su axila izquierda, sacó a relucir una automática y abrió fuego.

Fue su compañero quien se encontró con el plomo, varias onzas de dicho metal que lo impulsaron hacia atrás, en dirección contraria a la que iba y sirviéndome de inestimable escudo.

Desenfundé rápidamente, sabiendo que en cosa de escasos segundos sería un blanco perfecto para el tirador, nada más su compinche se derrumbara. Y jalé el gatillo mientras una mujer chillaba histéricamente no muy lejos de allí.

Los disparos de mi revólver reglamentario dejaron materialmente pegado a la verja a mi antagonista. Desorbitó los ojos, soltó el arma y luego se escurrió hacia abajo, con el pecho tinto en sangre.

Escuché carreras y más gritos. No hice caso y me acerqué a mi salvador. Ya nada se podía hacer por él. Dos balas le habían alcanzado el estómago y una tercera el pecho. Corrí entonces junto a la muchacha. Al otro lo daba por muerto, bien muerto.

Había destellos de pánico en sus bonitas pupilas. La desamordacé,

ayudándola seguidamente a levantarse. Las piernas apenas la podían sujetar.

—¿Cómo se encuentra? —fue lo primero que se me ocurrió preguntarle, el revólver ya enfundado.

—Ha... ha sido horrible... —balbuceó.

Los curiosos se aproximaban con ciertas precauciones. El espectáculo fue demasiado para una anciana que se desmayó en los brazos de dos hombres tan mayores como ella.

—Ha sido horrible —volvió a repetir la joven, pegándose instintivamente a mí—. Al principio temí por mi vida, cuando esos dos hombres consiguieron dominarme más o menos. Luego, al aparecer usted, creí que le matarían... ¡Jamás había vivido una situación así!

—Vamos, tranquilícese —le pasó un brazo por los hombros. Ella apoyó su rostro en mi pecho, todavía temblorosa, asustada, y mis labios rozaron sus sedosos cabellos negros como ala de cuervo.

Una sirena ululó en la lejanía, aproximándose cada vez más a nosotros.

—¿Cómo fue todo? —le pregunté a la joven cuando ya se calmó.

—Yo., yo estaba en casa, a la espera de alguna noticia de mi padre. Llamaron a la puerta e, ilusionada por una posible buena nueva, cometí la torpeza de ni siquiera echar una ojeada por la mirilla. Abrí, y los dos hombres esos se abalanzaron sobre mí. Uno de ellos ya llevaba el pañuelo preparado para amordazarme. Y me sacaron a rastras.

—¿Por qué la raptaban? ¿No le comentaron nada?

—El moreno me dijo que me iban a llevar a un lugar tranquilo donde hablaríamos largamente. Según él, yo les había robado la mercancía...

—La mercancía —murmuré, pensativo.

—Eso fue todo lo que comentó. Luego, apareció usted.

La sirena estalló potente en nuestros oídos. Seguidamente escuchamos el chirrido de unos frenos. Giré el rostro y vi a Gary Montagu venir hacia mí.

—Un anónimo denunció el tiroteo a la oficina y Slim me pasó el aviso —explicó—. ¿Qué ha pasado exactamente?

Se lo relaté someramente, preguntándole a continuación:

—¿Qué hay de lo tuyo?

—Nada por el momento... ¿Y qué significado puede tener todo esto?

—No lo sé.

—¿Alguna conexión con el asesinato de esta madrugada?

—Ni idea. ¿Conoces a alguno de esos tipos? —le señale los

muertos.

Gary Montagu les echó un vistazo. Detuvo su mirada en el moreno y comentó:

—A éste creo haberle visto, pero ahora no recuerdo dónde. ¿Los has registrado?

—No. Pero no creo que lleven documentación encima. No me cabe la menor duda de que se trata de dos matones, pistoleros o como diablos los quieras llamar.

—Bueno.

De todas formas, Gary Montagu procedió a hurgar en sus bolsillos. Como yo había supuesto, no les encontró nada que pudiera aclararnos quiénes eran.

En eso, un anciano de melena blanca y ojos vivaces rompió la línea de curiosos, avanzando hacia nosotros.

—Yo sí conozco a ése, señor policía —dijo.

—¿Cómo? —exclamé yo.

—Se llama Perkins —continuó señalando con el índice al moreno—. Trabaja en el balneario. Yo soy cliente asiduo y le he visto allí en varias ocasiones.

—Vaya. ¿Y al otro?

—No, señor.

Dirigí mi mirada hacia los otros curiosos y alcé mi voz preguntando:

—¿Nadie más conoce a los muertos?

No hubo respuestas. Algunos rompieron la formación y se dispersaron, alejándose.

—¿Avisaste a la ambulancia? —le pregunté a Montagu.

—No.

—Pues hazlo.

Gary se dirigió hacia su coche, yo me separé unos instantes de la silenciosa muchacha y tomé las pistolas de los muertos. Eran automáticas «Parabellum» de nueve milímetros. Por tanto, no tenían nada que ver con las balas calibre 38 que le habían arrancado la vida a Ruth Carson. La idea que de pronto me había asaltado para unir los dos casos, se fue rápidamente al cuerno.

—Creo que aún no le he dado las gracias —me dijo ella mientras me colocaba las pistolas entre el cinto y el pantalón.

—No hay de qué. Pero aún no conozco su nombre.

—Me llamo Helen. Helen Ford.

—Mi nombre es Robert Palmer. Puede llamarme Bob.

—Me ha salvado la vida, Bob.

—No creo que la hubieran matado.

—Tal vez sí. Ya vio que no se lo pensaron mucho a la hora de sacar la pistola.

Era cierto, pero no quise reconocerlo delante de ella para quitarle importancia al asunto.

—Todavía no me ha dicho por qué vino aquí. ¿Alguna noticia sobre mi padre?

—Desgraciadamente, no. Venía para saber si usted tenía alguna —dije sólo el cincuenta por ciento de la verdad. El otro cincuenta por ciento era porque tenía ganas de volver a verla—. Y de paso iniciar alguna gestión los dos juntos.

—Oh.

—Por lo pronto vamos a tener que asomarnos a ese balneario —miré por encima de sus hombros el solemne edificio que se levantaba media milla más allá—. Es muy extraño que uno de sus empleados ejerza la función de raptor y pistolero.

—Puedo ir con ustedes, ¿verdad?

—Iremos usted y yo. Montagu tiene otras cosas que hacer. Gary —le dije, pues acababa de retornar a nuestro lado—, encárgate de que sea identificado el otro fulano y no desaproveches ninguna ocasión para investigar sobre nuestro otro asunto.

Mi joven compañero asintió con una cabezada y se quedó allí esperando la llegada de la ambulancia. Helen y yo nos dirigimos hacia mi coche. Guardé las pistolas de los muertos en la guantera y poco después emprendíamos camino hacia el balneario.

—¿Sabe si su padre era cliente del lugar? —inicié la conversación.

—Creo que iba de vez en cuando a darse unos baños, pero no como cliente asiduo.

—Después de lo sucedido, mucho me temo que su padre debe andar metido en problemas.

—Eso mismo pienso yo.

—¿Y no tiene idea de qué problemas puedan ser?

—En absoluto.

Habíamos abandonado el casco urbano propiamente dicho y corríamos por una anchurosa avenida flanqueada de gigantescos árboles. Al poco, tomamos un camino secundario a la derecha que llevaba directamente al balneario.

—Lo único anormal que observé, va se lo dije.

—Sí, cuando habló telefónicamente con él.

—Eso es. Dio la impresión de que no quería que viniera este fin de semana. ¿Por qué? No lo sé.

Había suficiente sitio en la playa de estacionamiento. Helen y yo descendimos del auto y caminamos por un sendero de grava hacia la entrada. Allí nos tropezamos con un hombre de color.

Era un negrito joven y flacucho que se sorprendió un tanto por nuestra visita, no sólo porque no fuéramos ancianos sino también

por mi condición de policía.

—Queremos hablar con Buck Travers.

Este era el director del balneario. Le conocía superficialmente» nos habíamos encontrado en algunas ocasiones, limitándonos a intercambiar frases de cumplidos. Se trataba de un tipo robusto, de cuarenta y pico años de edad, pelo rubio ensortijado y un rostro tremendamente caballuno.

—¿Cómo usted por aquí, Palmer? —me preguntó una vez alcanzamos su despacho.

Estreché la mano que me alargaba e hice la presentación de la joven. Entonces contesté a su pregunta:

—Han ocurrido hechos extraños en Paradise...

—Un asesinato, según tengo entendido —me interrumpió.

—No se trata ahora de eso. El padre de esta señorita ha desaparecido y un par de hombres han intentado raptarla. Llegué a tiempo de evitarlo, uno de ellos sacó la pistola, involuntariamente se cargó a su compinche y yo no tuve más remedio que liquidarlo.

—No lo entiendo —frunció el ceño.

—Yo había hecho una pausa intencionada, luego volví a la carga con la parte más sustanciosa:

—Uno de esos matones se llamaba Perkins y era empleado de este balneario.

Buck Travers respingó como si le hubiera picado una avispa. Sus nerviosos dedos tabalearon sobre la mesa, el gesto grave.

—Perkins... —balbuceó.

Los dos continuábamos de pie, Helen había tomado asiento. Buck Travers componía la mueca más asombrosa de su existencia, incrédulo.

—Lo conoce, ¿no? —insistí.

—Por supuesto —aceptó al momento—. ¡Pero no lo comprendo! ¡Perkins intentando raptar a esta señorita...!

—¿Qué me puede contar de él?

—Bueno —se masajeó el mentón, preocupadamente—, cuando lo tomé estábamos necesitados de gente. Me pareció un hombre apto, serio consciente, con ganas de trabajar...

—¿Qué sabe de su pasado?

—Me contó que procedía de Sacramento, que allí había estado trabajando en un hospital como camillero. Me di por satisfecho. Ni por un momento llegué a pensar que pudiera tratarse de... de un gángster, o cosa así.

Se le veía apabullado, abochornado, tratando de justificar la contratación de aquel hombre que tan sorprendentemente había actuado.

—¿Usted conoce al padre de la señorita? Gerald Ford es su nombre.

—Pues no..., no me suena...

—Ha venido aquí en varias ocasiones.

—Yo no puedo atender personalmente a todos los clientes. Además, imagino que ese señor no debe ser un cliente asiduo a este balneario.

No repliqué porque esto era cierto. Helen se mantenía silenciosa, atenta a cuanto hablábamos.

—¿Sabe usted qué amistades tenía ese hombre?

—¿Perkins? —Yo asentí y él agregó—: No. Era un tipo algo huraño, poco dado a la conversación.

—Pero con algún otro empleado tendría una cierta amistad, digo yo.

—Todos mis empleados están a su disposición, Palmer. No quiero que diga que no deseo colaborar con usted. Tiene completa libertad para realizar toda clase de pesquisas en este balneario.

—Empecemos —fue mi respuesta.

Tres cuartos de hora más tarde me daba por vencido. Helen y yo intercambiamos una mirada de desilusión. Buck Travers se encogió de hombros.

Nadie había aportado nada interesante sobre el tal Perkins. Todos parecían mantener con él una amistad superficial, sin ninguna confianza.

Finalmente tomé nota de la dirección del muerto y hacia allí me encaminé en compañía de Helen.

La muchacha propuso que antes pasáramos por casa de su padre, por si acaso, y yo accedí. El chalecito continuaba vacío. Helen, no contenta con esto, preguntó a los vecinos y en ambos lados obtuvo respuestas negativas: seguían sin saber nada de Gerald Ford.

El extraño Perkins vivía en un edificio de apartamentos de Davies Street que se levantaba sobre la única joyería de Paradise. La calle era estrecha y coqueta, y en ella destacaba enormemente el auto patrulla de Gary Montagu.

No fue ninguna sorpresa para mí que el conserje me informara que mi compañero ya se encontraba arriba.

Cuando Helen y yo llegamos al apartamento 3D, cuya puerta estaba abierta gracias a la llave maestra que el conserje le había proporcionado a Gary Montagu, encontramos a éste en el *living*, contemplando con el gesto contraído unas bolsitas de plástico que había sobre la mesa.

—Hola —dije—. ¿Qué hay?

—Las encontré en el depósito de agua del retrete —señaló las

bolsitas—. Heroína.

CAPITULO VI

—Tuve suerte —me explicó al momento Gary Montagu, con su casi sempiterna sonrisa ya dibujada en su rostro—. Uno de los camilleros de la ambulancia reconoció al otro muerto. Me dijo que vivía enfrente de su apartamento. Una de esas casualidades que de pronto se dan, cuando menos te lo esperas. Me dio esta dirección y aquí vine. Estuve registrando el apartamento y esto ha sido lo único interesante que he encontrado. ¡Heroína!

Di una cabezada de asentimiento. De todas formas, le eché un rápido vistazo al lugar. Después, bajamos a hablar con el conserje.

El hombre se mostró muy solícito y complaciente, respondiendo a todas nuestras preguntas.

—Ese apartamento, el 3D, lo ocupan dos hombres. Jim Perkins y Everett Sloan. Es alquilado y van a medias. Por lo poco que he hablado con ellos, creo que los dos procedían de Sacramento, se conocían de allí. El primero trabaja en el balneario, el segundo en el «Hot Bar».

Gary Montagu continuó en su auto patrulla, con sus pesquisas. Yo, en compañía de Helen, me dirigí al «Hot Bar».

El antro era propiedad de una sabandija llamada Rufus Lester. Le conocíamos sobradamente, pues habíamos tenido bastantes altercados con él. Era también dueño de otros dos locales de alterne y todas las semanas en alguno de ellos había jaleo. Rufus Lester procedía de Los Angeles, de donde sabíamos había salido con el rabo entre las piernas. La policía de allí le conocía muy bien, y nos había facilitado un extenso informe sobre su forma de proceder. Por ahora, no habíamos encontrado las suficientes razones para darle la patada en el trasero.

Cuando me vio aparecer —Helen se había quedado en el coche—, puso mala cara. Era feo a rabiar, con un rostro de facciones orangutaniles, y ahora, al verme, su expresión fue de lo más abominable.

—¿Otra denuncia, agente? —preguntó de mal talante.

—No.

—Entonces, ¿a tomar una copa? —quiso hacer el gracioso, distendiendo el rostro.

—Me interesa Everett Sloan —respondí, desparramando mi mirada por el local. A aquellas horas del mediodía la clientela era más bien escasa y la mayor parte de las chicas se acodaban en la barra con cara de aburrimiento—. Tengo entendido que trabaja aquí.

—Cierto —reconoció—. Pero entra en el turno de noche. Es uno de los *barmen*.

—Ajá. ¿Qué sabe de él?

—¿A qué viene esto? —se interesó, arqueando una de sus pobladas cejas.

—Responda, Lester.

—Bueno —se encogió de hombros. No parecía temer nada—. No mucho. Sólo que se presentó a la vacante, demostró saber el oficio y lo tomé. Un buen chico.

—¿Nada más?

—Nada más. No era mi tipo, si es eso lo que le interesa, Palmer.

—Muy gracioso —le espeté—, Y de la droga, ¿qué?

Palideció.

—¿Se ha quedado sin boca? —pregunté al ver que no respondía.

—No... no sé de qué me habla.

—De estos sobrecitos de heroína —se los mostré con una mano. Bajó la mirada. Cuando de nuevo me encaró, mostraba cierta perplejidad.

—Es la primera vez que oigo hablar de ello y lo veo.

—No me diga.

—Puede creérselo o no, pero es la verdad.

—Los encontramos en el apartamento de Sloan.

—Oh. Entonces pregúntele a él.

—No puede contestar —hice una mueca, guardando los sobrecitos en el bolsillo. Agregué, secamente—: Está muerto.

Rufus Lester abrió unos ojos como platos.

—A su empleado le gustaba también el oficio de pistolero. Intentó raptar a una mujer.

—¡No sé nada! ¡Se lo juro!

—Otro que chilla y jura —rezongué—. ¿Por qué no dice cosa más interesantes?

—No tengo idea de los líos en que pudiera estar metido Sloan. De verdad.

—¿No conoce a Gerald Ford?

—No. ¿Quién es?

Además, inculto.

—Olvidelo —le miré duramente y le advertí—: Vigilaremos esto, Lester, y como descubramos una mota, sólo una mota de droga, habrá caído con todo el equipo. Lo que le hicieron en Los Angeles no será nada comparado con lo que nosotros le hagamos.

Rufus Lester no replicó. Di media vuelta y salí. Helen Ford me preguntó por mis pesquisas. Yo le respondí hoscamente. No estaba satisfecho. Todo se iba complicando de una forma caótica y apenas veía luz. Pensé en el jefe McMillan: ¿qué haría él en mi lugar?

Enfilé el auto hacia la Clínica Municipal, con una pequeña y remota idea en la cabeza. Una vez allí, y dejando de nuevo en el auto a Helen, intenté localizar al doctor Links. Lo conseguí. Abandonó por unos instantes su consulta y me acompañó hasta el Depósito. Los cadáveres de Perkins y Sloan ya estaban desnudos, listos para la autopsia que más tarde les practicaría el galeno, y eso facilitó lo que yo quería. Los revisamos concienzudamente, yo tragando a duras penas mis sensaciones de angustia. No encontramos ninguna señal de pinchazos.

—De todas formas, cuando practique la autopsia sabremos más —comentó el doctor.

Me despedí de Thomas Links y regresé al coche. Le comuniqué mi pensar a Helen.

—Ahora sí que puedo ya jurar con un noventa por ciento de posibilidades de acertar que esos dos no eran unos toxicómanos. Eran traficantes. De ahí también que a usted le hablaran de mercancía.

—Mercancía, sí. Eso dijo uno.

—Droga, en realidad. Debían andar tras un alijo.

—¿Y qué tengo yo que ver con drogas?

—Yo no lo sé. ¿Y usted?

—Tampoco. A no ser que...

—¿Qué?

Nos miramos muy fijamente.

—¿Mi padre? —balbuceó ella—. Ha pensado usted también en eso, ¿verdad?

No contesté. Metí la primera y arranqué. Llegamos a la oficina justo en el momento que Sam Baxter, un pecoso parlanchín, empleado del snack-bar cercano, le traía a Slim Forbes una hamburguesa y una cerveza. Le saludé y le pedí que trajera más. Helen y yo estábamos sin probar bocado desde la hora del desayuno.

Slim Forbes se interesó en seguida por los últimos acontecimientos y yo le puse en antecedentes. Luego vino la comida y la bebida y las despachamos en un santiamén.

—Estoy seguro que se trata de eso —convino conmigo el corpulento pelirrojo—. El bar y el balneario son dos buenos sitios para conseguir clientela.

Cabeceé, asintiendo preocupadamente.

—¡Pero mi padre no puede ser un...! —exclamó Helen, vivamente molesta.

—No se exalte —le rogué, alzando una mano—. Nadie ha dicho que lo sea. ¿Qué hay de Frisco y de Billings?

—¡Oh, me olvidaba!

—¿Algo importante? —respingué.

—Los” de San Francisco no han dado señales de vida aún. Billings, sí.

—¿Y...?

—Bueno, lo que imaginábamos. Positivo. Ahí está el informe — me señaló un sobre de papel manila que había sobre la mesa.

No me molesté en tomarlo. Slim Forbes agregó:

—La copa de Larry Vidor presentaba una alta dosis de narcótico. Así pues, está claro que ella lo drogó. No vamos a creer que ese fantasma de Larry Vidor es tan astuto como para montar toda esta complicada tramoya.

Solté un gruñido. Más o menos pensaba lo mismo.

—Si ella obró así —continuó diciendo Slim Forbes, comunicándome sus deducciones—, y luego apareció vestida, yo opino que quería ir a algún lado sin que nadie lo supiera..., tal vez buscándose una coartada.

—Pero ¿por qué? —hablé al fin, pasándome una mano por el rostro.

—Si lo supiéramos, posiblemente tuviéramos el caso resuelto.

—Claro —farfullé—. Y eso sólo nos lo podría contestar Ruth Carson, de soltera, Lowell.

—Pero ella está muerta —dijo lúgubrementes Slim Forbes, oyéndose casi al unísono el estallido de la joven:

—¡Ruth Lowell!

Slim y yo la miramos sorprendidos.

La encontré con un pitillo humeante entre sus marfileños dedos. Ni me había dado cuenta que había encendido uno. Era la primera vez que la veía fumar. Le daba un cierto aire sofisticado.

Pero ahora, además, había perdido el color del rostro y sus ojos brillaban extrañamente.

—¿Qué ocurre? —pregunté, alarmado.

—¡Ruth Lowell! —volvió a exclamar—. ¡Mi padre conocía a esa mujer!

CAPITULO VII

El sonido del teléfono rompió el silencio que se había hecho entre nosotros.

Salí de mi abstracción y descolgué. Era el teniente John Armstrong, de la Brigada del Vicio.

—No nos ha acompañado la suerte —me informó con una voz que había perdido bastante de su energía y vitalidad anteriores. Y no era para menos—. Todas nuestras investigaciones han resultado infructuosas, Palmer.

—¿Cómo es eso?

—Marcus Templeton ha desaparecido de la ciudad y otro tanto ocurre con Belinda Andrews. Y los soplones habituales no saben nada de lo que se cuece. Todo esto es un misterio indescifrable —soltó un bufido—, por el momento.

—Aquí las cosas también se complican —le hice a continuación un rápido resumen de los últimos sucesos.

—Hum. Eso que me cuenta es muy interesante —comentó el teniente—. Voy a poner a sobreaviso a los de la Narcotic Squad. Tal vez ellos sepan algo sobre un posible alijo de droga... Ya le contaré. Suerte, Palmer.

Colgué, para luego encararme a Helen. Ella apagaba el cigarrillo en el cenicero de la mesa. Slim Forbes me miraba, esperando que iniciara la conversación.

Hice la pregunta que me quemaba en la punta de la lengua desde antes que llamara John Armstrong. La hice tuteándola por vez primera, sin darme cuenta:

—¿Cómo no lo dijiste antes?

Había reproche en mis palabras y mucho más en la mirada de Slim Forbes. Ella respondió atropelladamente, justificándose:

—Yo... yo no sabía que ese era el nombre de la mujer asesinada. ¡Palabra! Sólo sabía que se había producido un crimen y que 61 autor no había sido detenido. Nada más. Ahora, al escuchar ese nombre...

Quise ser optimista y pensé que tal vez a partir de entonces las cosas empezaran a aclararse. La hamburguesa y la cerveza me estaban provocando un ligero dolor de estómago, o posiblemente fuera el nerviosismo que me embargaba desde la madrugada y que iba «in crescendo»...

—¿Qué sabes de ella?

—Bueno, según tengo entendido es..., era propietaria de varios locales de mala nota en San Francisco. Mi padre, viudo, solía frecuentarlos. Yo no lo supe hasta más tarde, cuando se produjo el accidente.

—¿Accidente? —inquirió. Luego recordé—. Oh, sí, me hablaste de un accidente. Un accidente que sufrió hace unos años tu padre...

—Exacto. Ocurrió hace dos años. Un accidente de tráfico que le dejó mal la pierna izquierda. Iba en compañía de una chica de vida alegre. Los dos se pegaron un buen tortazo contra un árbol, al salirse de una curva. Era de noche y llevaban unas cuantas copas de más en el cuerpo. La policía de tráfico me llamó. Entonces fue cuando supe la verdad.

—Que tu padre no era tan perfecto como creías.

—Algo así. De todas formas, le comprendí. Mi madre había muerto hacía ya diez años, necesitaba otra clase de compañía femenina que no fuera la mía... En fin, lo único que no me gustó fue la clase de compañía femenina que se buscó.

—Ya.

—Mi padre no tuvo más remedio que confiarme sus andanzas, mientras estaba recluido en el hospital, recuperándose. Así supe que frecuentaba los locales de Ruth Lowell y que la chica que le acompañaba esa noche, y que sólo sufrió heridas leves, era una empleada suya. Una fulana, hablando claro.

—¿Y eso es todo lo que sabes de Ruth Lowell y tu padre? —pregunté con cierta desilusión.

—Sí —cabeceó—. Yo no la conocí personalmente. Lo poco que sé de ella es de oídas, lo que pude informarme sobre su persona en cuanto se la oí nombrar a mi padre. Una mujer de la vida, con pocos escrúpulos, ambiciosa, dueña de sospechosos garitos...

—Entonces sabes más o menos lo mismo que nosotros.

—Y sí puedo asegurar que nunca hubo estrecha relación entre ella y mi padre.

—Pero se conocían.

—Cierto.

—Bien —exclamé, suspirando—. Todo esto nos lleva a sospechar que puede haber relación entre el asesinato de Ruth Carson, la desaparición de Gerald Ford y la intervención de los dos matarifes.

—Con unos toques de droga —agregó sarcásticamente Slim Forbes.

Chasquéé la lengua, me mesé los cabellos y luego volví a encarmarme a Helen.

—Veamos. ¿En qué trabajaba tu padre?

—Por ahí no conseguirás nada —correspondió a mi tuteo—. Mi padre trabajaba como contratista de una empresa de construcciones. No tenía nada que ver con drogas ni con negocios sucios.

—¿Nunca tuvo problemas con la ley?

—No.

—¿Tampoco ejerció otros oficios... o realizó trabajos independientes?

—No.

—¿Sus ingresos económicos eran... normales?

—Por supuesto que sí.

—Y de sus amistades femeninas, después de la muerte de tu madre, ¿qué más sabes?

—Sólo lo que ya te conté antes. Frecuentaba los bares de mala nota, buscando pasar un rato con una chica fácil.

—¿No tuvo ningún *flirt* prolongado, alguna chica que te hiciera tilín, que tal vez le trastornara el seso?

—No, no. La única con la que estuvo unido más tiempo fue la del accidente. Pero precisamente a raíz de éste, dejó de verla. Lo sé porque él estaba malhumorado. Me comentó que la última vez que la vio le llamó viejo borracho y también le dijo que no quería verle más, que por su culpa a punto había estado de perder la vida.

—Ya. ¿Cómo se llamaba esa chica?

—Su nombre era... espera que recuerde... Betty, eso es. Betty Garfield.

—¡Betty Garfield! —pegó un brinco Slim Forbes—. ¿Una chica de veintisiete años, rubia, de ojos verdes y entradita en carnes?

—Así era cuando la vi en el hospital —asintió Helen.

El pelirrojo me miró consternado.

—¡Ella! ¡Mi chica preferida! —casi lloriqueó.

CAPITULO VIII

El «Paradise Hotel» se levantaba majestuoso en Ellison Square, ocupando toda una manzana, rodeado de zonas verdes, ajardinadas, y con una bonita fuente, muy artística, enfrente. Era una de las obras maestras de Clem Simpson y su camarilla de la pasta larga.

Uno entraba allí y comenzaba a respirar lujo y confort por todos lados. Los empleados iban uniformados y engalonados. El aire era perfumado.

Slim Forbes se había quedado a regañadientes en la oficina y Helen Ford me acompañaba para identificar a Betty Garfield como la ex amiguita de su padre.

Betty Garfield era tal como mi compañero pelirrojo la había descrito. Sólo puedo añadir que vestía ropas muy ceñidas, provocativas diría yo, y que su mirada poseía bastante descaro. Nada más pisar el *hall* yo la señalé con un dedo, Helen miró hacia allí y me confirmó:

—Ella es, sí.

Se encontraba tras el mostrador de recepción, charlando con otra joven, de mediana estatura y pelo negro, vestida con una falda de tubo azul y una blusa blanca. Posiblemente fuera una cliente.

Llegamos junto a ellas y no fue preciso que dijera nada, pues Betty Garfield en seguida se fijó en mí. Sus ojos expresaron inusitada sorpresa y creo que a punto estuvo de respingar.

—Palmer —musitó.

La otra giró sobre sus talones y entonces pudimos ver sus enormes y oscuras aureolas mamarias que se transparentaban a través de la tela de la blusa. Clavó sus ojos oscuros en mi placa. Forzó una sonrisa para luego mirar a la rubia recepcionista y decir:

—Bueno, hasta luego —y se alejó hacia la salida.

Betty Garfield ya curioseaba con su mirada mi acompañante.

—¿La conoce?

Me encaró.

—¿Por qué he de conocerla?

—Porque sí.

—No le entiendo, Palmer.

—Lo comprenderá en seguida. Cuando llegó acá, ¿de dónde venía?

—De San Francisco.

—¿Y qué hacía allí?

—Trabajaba.

—Lo supongo. ¿En qué?

—¿A qué viene este interrogatorio? —se mosqueó, frunciendo la nariz.

—Es preciso. Conteste.

—Trabajaba en un club —dijo de mala gana.

—¿Cuál?

—«Heart Club».

—Bonito nombre. ¿De quién era propiedad ese corazón?

Vaciló. Su lengua humedeció sus labios.

—Responda.

—Ruth Lowell —dijo al fin.

—Así me gusta. La conocía, ¿verdad?

—¿A quién? —se hizo la despistada, mirando de nuevo a Helen.

—A Ruth Lowell.

—Claro.

—¿Y cómo es que no ha venido a hablarnos de ella?

—No... no le comprendo, de verdad.

—Oh, vaya, así que no sabe lo que ha ocurrido.

—¿Qué?

—El asesinato del motel.

—Sí, algo he oído —reconoció.

—¿Y no tenía conocimiento de que la muerte era su antigua patrona?

—¿Ruth Lowell? ¡No!

—Lo hace muy bien.

—Dijeron Ruth Carson. Yo no sabía que ella ahora se llamara así.

—Pero Slim Forbes estuvo aquí, habló con usted y se llevó al marido de la difunta.

—¿Era... era el esposo de ella? —puso cara de incrédula. O lo hacía muy bien, o era sincera.

—Tampoco lo sabía, ¿eh? —farfullé.

—Claro que no. Slim estuvo aquí, cierto, pero hablamos de cosas intrascendentes, de nosotros, él insistió en sus pretensiones, ya sabe... Luego pidió ver el libro registro. Se lo dejé. Entonces me preguntó por el tal Spencer Carson. Le contesté que acababa de llegar. No me dijo más. Subió arriba y luego bajó en su compañía. Observé, eso sí, que no parecían muy amigables. Slim me dijo adiós con una mano. Eso es todo, Palmer.

—Una bella historia.

—Es la verdad. ¿Por qué iba a saber yo que ése era el esposo de mi ex patrona? Cuando yo dejé aquel trabajo, ella no estaba casada aún; por tanto, no le conocía. ¿Satisfecho?

Lo tenía que dar por bueno, de momento. Más o menos lo mismo había pasado con Helen.

—¿Algo más? Hay gente que espera...

Era cierto, pero en aquellos instantes me importaba un comino. Para mayor complicación hizo acto de presencia el director del hotel. Un hombre rechoncho, carirredondo, muy elegante. Fumaba un puro habano, y se acercó a nosotros con las cejas enarcadas.

—Me han pasado aviso de su presencia aquí, Palmer. ¿A qué se debe esta visita?

—Estoy realizando una investigación.

—¿Sobre el asesinato del motel?

—Sobre eso y otra cosa.

Agrió el gesto.

—Palmer —me dijo con gravedad—. Si no tiene certezas absolutas, sería mejor que lo dejara pasar. No queremos malas propagandas para este establecimiento. Gozamos de una clientela selecta que no merece ser molestada sin razones de auténtico peso. Están aquí para descansar, para gozar de la vida placentera, no para que los inoportunen con crímenes absurdos, que deben pertenecer a los extraños tinglados de los bajos fondos...

—Lamento lo que sucede.

—Compréndalo, Palmer. Su presencia aquí puede ocasionar efectos perjudiciales. Ya sabe cómo es la gente, sobre todo los ancianos, se asustan en seguida.

—Qué se le va a hacer.

—Ya he sido informado de cómo obró su compañero Forbes. Hubo quejas de unos clientes vecinos. Parece ser que se insultaron de lo lindo allá arriba.

—No sabía nada de eso.

—A mis jefes no le va a gustar nada la forma en la que ustedes proceden. Ya sabe usted cuál es el lema: esto es un paraíso, y todos hemos de hacer que se cumpla, ustedes los primeros.

—Eso estamos haciendo —me armé de paciencia. Cecil Grant era uno de los hombres de confianza del gran magnate.

—No creo que su comportamiento sea el adecuado. Tiroteos callejeros, malos comportamientos... Pienso quejarme seriamente a McMillan en cuanto regrese.

—¡Hará muy bien! —troné de pronto—. ¡Está en su derecho! ¿Me deja continuar con la señorita?

Por primera vez miró a Betty Garfield.

—¿Qué pasa con ella?

—Quédese y escuche —le respondí secamente—. Betty, admitamos que no conocía a Spencer Carson, pero ¿qué me dice de Gerald Ford?

—¿Gerald... Ford?

—Sí. Y no se trata del ex presidente.

—Me... me suena ese nombre... —alzó los ojos, pensativa.

Aguardamos unos instantes. De repente chasqueó dos dedos y exclamó:

—¡Ah, sí! ¡Aquel viejo que estuvo a punto de matarme en el coche!

—Vaya. Veo que tiene buena memoria.

—¿Qué hay con él?

—Ha desaparecido.

—Oh, lo siento. Ahora recuerdo —miró a Helen—. Usted es su hija, ¿verdad?

—Sí —respondió mi acompañante.

—Lo lamento, monina, pero no puedo ayudarles. Dejé de ver a su padre desde lo del accidente.

—¿Segura? —preguntó Helen.

—Segurísima. No compensaba. Además, al poco dejé aquel empleo del club y me vine acá. Me gusta el lugar, gano más y el trabajo es mucho más edificante —dejó escapar una risita traviesa—. ¿No les parece?

—Precisamente que viniera aquí y no se encontrara con Gerald Ford es lo extraño —volví a la carga.

—¿Por qué?

—El también estaba aquí.

—¡Es la primera noticia que tengo!

—¿De verdad?

—¡Seguro!

Hice una pausa. El humo del habano de Cecil Grant nos rodeaba por todas partes. Era muy aromático.

—¿Dónde estuvo esta noche pasada?

—¿No pensará que yo la mat...?

—No —la interrumpí—. Es que en esa noche también desapareció Gerald Ford.

Sonrió.

—Pues lo siento. Estuve aquí. Me tocaba guardia. El señor Grant lo puede confirmar.

—En efecto —terció el director del hotel—. Y creo que ya es bastante, Palmer. Es evidente que está dando palos de ciego y con ello no hace otra cosa que perjudicar los negocios.

—Si no se resuelven estos casos, los benditos negocios que tanto protege se irán al cuerno —le repliqué.

—Es que tiene la obligación de resolverlos —me sonrió cínicamente—, pero con sumo tacto. Desgraciadamente, usted parece carecer de ello. Le auguro una breve estancia en este lugar.

Le miré fijamente.

—Usted llegará lejos.

Se limitó a exhalar humo sin perder la sonrisa. Tomé por un brazo a Helen y caminamos hacia la salida.

—Ese tío es estúpido —comentó ella cuando dejamos a nuestras espaldas el monumento al capitalismo.

—Los estúpidos abundan tanto como el aire. Y son necesarios para que este mundo siga siendo un disparate incongruente.

Al llegar al coche policial el radioteléfono estaba sonando insistentemente.

—Palmer —dije al conectar.

—¡Bob! —exclamó la voz de Slim Forbes.

—¿Alguna noticia de Frisco? —pregunté.

—No. Se trata de algo sumamente grave.

—Habla.

—Acaban de denunciarme el descubrimiento de un cadáver en Sugar Point. Como no contestabas, he enviado ya para allá a Gary Montagu.

CAPITULO IX

Sugar Point era un pequeño trozo de tierra que tenía el atrevimiento de entrometerse en el mar. Para llegar a él había que tomar una senda pedregosa, repleta de baches, por la que el coche sufría como un condenado.

No tenía mal puesto el nombre. Era un sitio apacible, tranquilo, dulce, rodeado de rocosidades y cañaverales. Extraño y encantador a la vez, con su nota de romanticismo, por lo que no era raro que una de las pocas parejas de jóvenes enamorados que habitaban en Paradise lo hubiera escogido para decirse palabras de amor. Lo malo es que la fiesta se les había -aguado.

Gary Montagu ya se encontraba allí. Junto a su coche había una motocicleta que debía ser propiedad de la pareja. Esta se hallaba con mi compañero.

Helen y yo descendimos del coche y caminamos los metros que nos separaban de los otros. De reojo observé que ella andaba con paso vacilante, con cierto temor.

No era para menos. Slim Forbes nos había facilitado algunos datos más.

Después de las presentaciones y los saludos de rigor, Gary Montagu me miró con reproche y yo entendí. El conocía la descripción del padre de Helen.

—Está allí —señaló mi compañero.

Hubo un momento de duda en Helen.

—¿Quieres quedarte con ellos? —pregunté.

—Se lo aconsejo, señorita —le dijo la chica, una quinceañera que vestía pantalones vaqueros y una camiseta que le hacía propaganda a la Universidad de Berkeley. Se cogía fuertemente a la cintura de su amigo, larguirucho y de rostro ligeramente picado por la viruela.

Helen tomó una de mis manos y dijo con firmeza:

—He de ir.

Avanzamos siguiendo a Gary Montagu. Mi compañero apartó los altos y espesos cañaverales.

Fue una desagradable visión. Helen gritó y se abrazó llorosa a mí.

Gerald Ford se encontraba tumbado cara al cielo que poco a poco se iba oscureciendo. Sus ojos vidriosos ya no podían ver cómo el sol moría en el horizonte, inflamándolo violentamente. El rostro presentaba una cruel crispación. El estilete que le había arrancado la vida todavía sobresalía sobre su corazón.

Gary Montagu dejó oír su voz:

—Los chicos no saben nada. Llegaron aquí hace un rato

buscando un lugar discreto e íntimo. Y encontraron esto.

—Sí —asentí. Helen continuaba abrazada a mí, empujando con sus lágrimas mi camisa.

—Se trasladaron a la cabina telefónica que hay más allá, junto al cementerio de automóviles. Desde allí llamaron a la oficina. No saben nada, te repito. Además, este hombre lleva muchas horas muerto. Calculo que desde la madrugada.

Helen aumentó el llanto al escuchar estas palabras.

—Diles que se vayan, si ya has tomado nota de sus nombres y direcciones.

Gary Montagu se alejó. Yo traté de convencer a Helen para hacer lo mismo. Ella, con los ojos húmedos y un poco enrojecidos, se empeñó en echarle una nueva mirada al cadáver. Sólo consiguió desmayarse en mis brazos.

La llevé en volandas hasta el coche y la deposité en el asiento trasero. La motocicleta de los jóvenes produjo un largo petardeo que fue muriendo conforme se alejó. Helen revivió en seguida, permaneciendo tumbada. Sus ojos se clavaron desgarradoramente en mí, llenos de tragedia. Instintivamente acaricié su sedosa melena y, no contento con eso, me incliné y deposité un suave beso en sus labios.

La respuesta de ella fue violenta e insospechada. También sumamente agradable. Sus brazos se enroscaron a mi nuca y sus pulposos labios, algo temblorosos, buscaron con avidez los míos, aprisionándolos, mordisqueándolos nerviosamente. Fue un beso lleno de rabia y vitalidad, como una descarga eléctrica.

Nos separamos y nos miramos. Ella comentó:

—Oh, Bob, qué horrorosa es la muerte.

Luego, ladeó la cabeza y cerró los ojos.

Alguien carraspeó. Giré el rostro y me encontré con la faz barbilampiña y risueña de mi compañero.

—La ambulancia viene para acá —me informó—. Nunca han trabajado tanto en un día.

Salí del coche.

—¿Qué piensas, Bob? —agregó Gary.

—Esto es un lío de cien mil diablos. Gerald Ford muerto por un estilete, Ruth Carson a tiros, dos pistoleros posibles traficantes de droga buscando un posible alijo... y un sinfín de sospechosos sin ninguna prueba concluyente.

—Yo sí he pensado una cosa.

—¿Qué?

—El cementerio de automóviles.

Miré hacia allí.

—He pasado muchas veces por este lugar, es mi ruta de todos

los días —siguió explicando Gary Montagu—. Sé que los vagabundos de los contornos lo aprovechan como refugio. Tal vez alguno viera u oyera algo.

—Hum. No es mala idea, Gary.

—¿Vamos? Se puede ir andando...

—Espera.

Retorné junto a Helen. Le expliqué lo que íbamos a hacer y estuvo conforme en quedarse sola unos minutos. Gary y yo salimos a la carretera y la cruzamos. El tráfico era esporádico.

Gary, al llegar al cementerio de automóviles, coches y más coches apilados unos encima de otros, anárquicamente, todos ellos con las chapas hechas cisco, muchos desguazados, gritó haciendo bocina con las manos:

—¿Hay alguien ahí?

Silencio. Un par de gaviotas despistadas batieron alas por encima de nosotros camino del mar.

—¿Hay alguien ahí? —chilló de nuevo—. ¡Sólo queremos charlar con alguno de ustedes! ¡Estamos realizando una investigación!

Algo se movió de pronto. Se escuchó el ruido de un par de portezuelas al abrirse. Dos sombras se proyectaron a nuestra derecha. Finalmente, un par de hombres vestidos andrajosamente, con poblada barba y sucios a rabiarse aparecieron ante nosotros caminando cansinamente, como si fueran fantasmas arrastrando cadenas con enormes bolas.

Uno de ellos era alto y flacucho como una caña. El otro, más bajo, también era más rellenito. Los dos nos observaron con sus ojillos de ratas.

—¿Qué quiere de nosotros la poli? —preguntó el primero.

—Se ha cometido un asesinato al otro lado de la carretera, junto a los cañaverales. A un hombre le han clavado un estilete. Calculamos que pudo suceder esta madrugada pasada. ¿Vieron u oyeron algo?

Se consultaron con la mirada.

—Es muy importante —agregué.

El alto preguntó:

—¿Tienen tabaco?

Gary Montagu actuó con rapidez. Extrajo su paquete de «Marlboro» y se lo alargó. El vagabundo lo atrapó como si fuera maná. Su compañero sacó una carterita de fósforos y tuvimos que esperar a que encendieran sendos cigarrillos.

El alto se guardó el paquete sin ninguna vergüenza y dijo.

—Bill no estaba anoche aquí.

Bill, el más llenito, asintió con una cabezada.

—Pero yo sí.

—¿Y?

—Recuerdo algo —soltó unos chorritos de humo por las fosas nasales. El tal Bill fumaba como si fuera un placer de dioses—. A eso de la una y pico, creo, escuché el ruido del motor de un coche. Me asomé por curiosidad y lo vi parado allá enfrente. Una mujer y un hombre bajaron de él.

—¿Cómo eran ellos?

—Ni idea. No me fijé mucho. Además, estaba todo bastante oscuro. Eran un hombre y una mujer, eso seguro. Pensé que debía tratarse de alguna pareja de tortolitos y me olvidé por completo. Volví a mi nido y poco después escuché otra vez el ruido del motor del coche. Se alejó de aquí.

—¿Eso es todo?

—Lo que sí puedo decirle es la marca del coche. De eso sí entiendo aunque sea a cien millas de distancia —miró a su alrededor, pícaramente—. Lo comprenden, ¿verdad?

—Dígalo de una vez —me impacienté.

—Era un «Ford Mustang».

—¡Ese es el modelo del coche de Ruth Carson! —exclamó excitado Gary Montagu.

CAPITULO X

Estábamos aún esperando la llegada de la ambulancia, discutiendo sobre el asunto.

—Ahora ya hay una razón para lo que hizo Ruth Carson —opinó Gary Montagu—. Narcotizó a Larry Vidor para buscarse una coartada por si era acusada de asesinar a Gerald Ford... Larry Vidor se quedó dormido como un tronco, ella se vistió y se largó del motel procurando que nadie la viera. Recogió a Ford, lo trajo aquí y le mató. Entonces regresó al motel y alguien le pegó tres balazos.

—Aún hay muchas preguntas sin respuesta, Gary —dije—. ¿Por qué razón Ruth Carson asesinó a Gerald Ford? ¿Por qué y quién mató a Ruth Carson? ¿Qué pintaban en todo el embrollo los dos tipos de la droga?

Como respuesta, sonó el radioteléfono de nuestros coches. Atrapé el mío.

—¡Palmer al habla!

—¡Bob! —era otra vez Slim Forbes.

—¿Frisco?

—Nones. Spencer Carson.

—¿Qué ocurre con él?

—Acaba de telefonear. Estaba muy excitado, nervioso, como si hubiera descubierto algo muy importante. Dijo que te esperaba en la cabaña número diez de Cabins Garden.

Corté.

Gary lo había escuchado todo. Le dije que se quedara allí y yo subí al coche. Desde el volante observé a Helen, quien ahora se encontraba fuera del auto, de pie, junto a mi compañero.

Dudaba.

Al final, cuando yo ya le había dado al encendido y metía la primera, se decidió a subir.

Arranqué a todo gas, levantando una gran polvareda. Al salir a la carretera principal, le pregunté:

—Creí que te quedarías allí.

—Desgraciadamente —repuso con profundo dolor—, nada se puede hacer por un muerto, por mucho que se le quiera. En cambio, por un vivo...

Le sonreí y aceleré más. Pasamos dos coches que parecían tortugas, a pesar de tratarse de un «Jaguar» y de un «Buick». El lugar de la cita se encontraba en la punta sur de Paradise, justo en el lado contrario que el motel del viejo Morgan. Pertenecía al clan de la pasta larga.

Cuando llegamos no hizo falta que buscáramos. El tiroteo ya se

había organizado. La gente chillaba histérica perdida y corría en busca de refugio. Aquello era un auténtico maremágnum.

—¡Quédate aquí! —le grité a Helen al tiempo que abría la portezuela de mi lado, saltando al exterior y protegiéndome tras ella. Empuñé el revólver y observé.

Dos tipos estaban disparando a discreción sobre la cabaña número diez, sin que encontraran oposición. Los cristales de las ventanas ya no existían, habían saltado hechos añicos. La puerta era una verdadera criba.

Los dos fulanos, al observar que del otro lado no respondían, se dispusieron al asalto final. No habían reparado en mi llegada.

—¡Alto! —les grité, saliendo a pecho descubierto y corriendo hacia ellos.

Se revolvieron como si les hubiera mordido una serpiente venenosa. Ver mi uniforme y hacer intención de acribillarme fue todo uno.

Me agaché y disparé. Uno de ellos trastabilló hacia atrás, herido de muerte, mientras el otro me respondía con plomo candente.

Ahora tuve que zambullirme en el piso al tiempo que apretaba el gatillo de mi revólver en difícil postura. Tuve suerte, además del duro adiestramiento que había recibido en la Police Academy de Frisco que para algo ha de servir. Mi bala alcanzó al pistolero en la cabeza y lo abatió instantáneamente.

Corrí hacia el otro. Estaba sentado sobre sus cuartos traseros, moribundo.

—Marc... maldito... ¿dónde... diablos... estás...? —tartajeó, y no me dio tiempo a hacerle ninguna pregunta porque al instante siguiente expiró.

Me quedé mirando a mi alrededor. Estaba solo. Los curiosos se hallaban escondidos, asomando tímidamente de vez en cuando la cabeza. Helen permanecía en su asiento, quieta como una bella estatua griega.

Encaminé mis pasos hacia la cabaña número diez, con mucha precaución. No me fiaba. Al llegar a la puerta, le di un fuerte patadón y la hoja de madera saltó con estrépito.

—¿Hay alguien ahí? —pregunté.

Me respondió un profundo y ominoso silencio.

Primero asomé el brazo armado, luego un ojo. Fue suficiente para ver al hombre caído, despatarrado, en mitad de la pieza. A pesar de encontrarse boca abajo, el rostro pegado al suelo, le reconocí.

Era Spencer Carson, el hombre que me había citado allí. Me acerqué a él con la convicción de que ya nada podría contarme.

Así era. Estaba más muerto que mi abuela. Dos balazos en el

corazón le habían eliminado rápidamente del censo de los vivos. Al observar los orificios de entrada, fruncí el ceño. Pensé en su esposa. Aquello era obra también de un revólver calibre treinta y ocho, con toda seguridad.

Levanté la vista y miré al frente; la puerta abierta del dormitorio.

Corrí al interior. Estaba en penumbra, la única luz se filtraba por la ventana abierta de la derecha. Por ella se colaba también un vientecillo que mecía el visillo que la cubría.

Salí de la cabaña muy pensativo, después de haberla registrado sin encontrar nada interesante. De nuevo me detuve junto a los dos cadáveres de los pistoleros. La gente de Cabins Garden continuaba sin salir de sus escondites y no sabía por qué. El peligro había pasado, yo era un policía, un hombre de la ley.

Me encogí de hombros y tomé las armas de los pistoleros que había matado. Eran nada menos que unas monumentales «Magnum», de esas que Clint Eastwood tanta publicidad hace en sus películas de exhibicionismo viril y violento.

Estaba claro. Ellos no habían matado a Spencer Carson, a pesar de haber estado disparando contra la cabaña. Una bala del «Magnum» le hubiera ocasionado unos enormes boquetes. Por tanto, alguien más debía haber habido dentro de la cabaña. Su asesino.

Y casi estaba por apostar que se trataba de la misma persona que le había quitado la vida a su esposa, Ruth Carson Lowell.

¿Dónde estaba el asesino? No me fue muy difícil deducir que debía haber escapado por la ventana del dormitorio, tras haber matado a Spencer Carson y dejando que los pistoleros malgastaran su plomo. Ahora ya debía encontrarse bien lejos.

Estaba visto que la suerte no me acompañaba en exceso. Las pistas, igual que nacían, rápidamente morían, silenciosas siempre.

Enfundé mi revólver y me puse en pie con gesto malhumorado. Entonces me encontré con la humanidad de un tipo cuarentón. Un destello que brotó de su pecho a punto estuvo de cegarme. Luego, vi el negro cañón de la pistola que me apuntaba directamente al corazón, sin ningún titubeo, y sonó el estampido.

CAPITULO XI

El fulano que me había sorprendido se derrumbó como si fuera un muñeco al que acaban de cortar los hilos que lo sostienen. Su pistola resbaló de sus dedos y cayó al suelo. Detrás fue él. Hizo un sordo ruido y entonces yo reaccioné, saliendo del inmovilismo en que me hallaba sumido, como si estuviera petrificado.

La vi.

Helen estaba fuera del coche, de pie, sujetando con ambas manos una pistola. Imaginé que debía tratarse de una de las armas de los tipos que habían intentado raptarla y que yo había guardado en la guantera del auto.

No podía haber sido más oportuna. Le debía la vida. Y tenía que agradecersele.

Pero antes me preocupé por el tipo. Me incliné junto a él y le di la vuelta, sólo para cerciorarme de que era quien había pensado nada más verlo. La bala de Helen le había alcanzado certeramente en la nuca.

Cuarenta y cinco años. Pelo castaño con profundas entradas a los lados. Ojos oscuros. Nariz roma. Peludo como un oso. Estatura más bien baja. Siempre vestía trajes de chaqueta con corbata sujeta por un espléndido alfiler valorado en mil dólares. Esto último cegaba, sí, señor.

Por tanto, no era otro más que Marcus Templeton, el brazo derecho de Ruth Carson, su hombre de confianza. Su pistola también era una «Magnum». La gentuza de la gran ciudad iba muy bien armada.

Caminé hacia Helen pensando quién me compraría este maldito embrollo. ¿Qué hacían allí Marcus Templeton y los dos pistoleros? Ahora entendía mejor las últimas palabras del moribundo. Debían haber venido con él, Marcus había rodeado la casa por detrás, pero el misterioso asesino se le había escapado. Al regresar, se encontró conmigo.

La presencia de Marcus Templeton también explicaba el comportamiento todavía medroso de la gente. Ellos sabían que había uno más. Y nadie se había molestado en advertírmelo. Cerdos.

Llegué hasta Helen. Alargué una mano y tomé la pistola que todavía empuñaba. La arrojé al interior del coche. Sus labios estaban trémulos. Le pasé una mano cariñosamente por una mejilla. La gente comenzaba a arriesgarse a salir. Philby, el que dirigía el negocio, venía corriendo.

—Gracias, cariño —dije con un susurro.

—No... no sabes el miedo que pasé —dijo con un hilo de voz—.

No sé ni cómo me tengo en pie.

Impetuosamente se abrazó a mí. Yo la estrujé con gusto, agradecido.

Philby era un tipo de rostro agrio, cetrino, con mucha brillantina en el pelo, a la antigua usanza, no sé si imitando a su abuelo o al hortera del Travolta. Quedó encarado a mí.

—Palmer, esto es inaudito —exclamó.

Le miré duramente.

—Supongo que tendrá una explicación, ¿no?

Me molestaban los tipos como él y como Grant. Todos parecían cortados por el mismo patrón o amamantados por la misma leche, nada más preocupándose por la imagen. No me hizo caso y continuó leyéndome la cartilla, repitiendo palabras parecidas a las que le había escuchado a Grant. Todo esto tenía que terminar de inmediato, pues Paradise no podía convertirse en un nido de pistoleros.

—¡Basta! —barboté.

La impresionó mi tono. Se quedó con la boca abierta, mirándome con un poco de miedo.

—Estoy esperando la explicación de los hechos, Philby. Lo que usted o sus jefes piensen de todo esto me trae sin cuidado.

—Le costará el puesto tanta insolencia.

—Muy bien ¡Ahora responda!

—Yo salí de mi puesto cuando sonaron los primeros disparos. Eran tres. Esos tres —señaló con un dedo tembloroso y manicurado— Dispararon contra la cabaña. Yo huí espantado y avisé a su oficina.

—Slim Forbes llamó cuando tú saliste corriendo —terció Helen.

—¿Quién ocupaba esa cabaña, Philby? Me refiero a la número diez.

—Sí, sí, claro...

—¿Quién? —me impacienté—. ¿Spencer Carson?

—No sé quién es ése,

—Es el fiambre que tiene dentro.

—¡Otro!

—Sí.

—Esto... esto...

—No se preocupe por la definición. Esos tres tampoco tenían que ver con la cabaña, supongo.

—No. Son desconocidos para mí.

—Y el tal Carson también, ¿no?

—En efecto. Es la primera vez que lo oigo nombrar.

—Se trata de un tipo joven, apuesto... Tal vez usara otro nombre.

—Se equivoca, Palmer —esbozó una sonrisa de superioridad. El

sabía y yo no—. La cabaña la alquiló una mujer.

—Una mujer... —musité, extrañado. Entonces, ¿una mujer era el misterioso asesino?

—Sí, Palmer. Una chica que conduce un viejo «Oldsmobile».

—¿Qué nombre dio?

—Louise Galton.

—No me suena de nada. ¿Cómo era?

Veintitantos años, morena, de mediana estatura buen tipo... Vestía una falda tubo azul y una blusa blanca agrandó los ojos—. Y no llevaba sujetador.

Eso era lo de menos. Yo conocía a esa mujer. La había visto no hacía mucho. La chica que charlaba en recepción con Betty Garfield.

CAPITULO XII

Desde luego, no estaba resultando un día encantador, como esos que anunciaba y prometía la publicidad que vanagloriaba a Paradise. El número de violencias y muerte iba «in crescendo», y eso era preocupante.

Por otro lado, algunos puntos parecían ya mucho más claros: Ruth Carson había asesinado a Gerald Ford, la tal Louise Galton había liquidado al matrimonio Carson, pero otros permanecían todavía tan oscuros como la noche que ya había envuelto al pueblo. Una noche en la que soplaba una suave brisa y un tajo de luna plateada adornaba el cielo donde titilaban mil puntitos brillantes.

Imaginaba la cara que iba a poner Cecil Grant cuando de nuevo me viera aparecer por allí, por el hotel. No me extrañaba nada que ya hubiera telefoneado a San Francisco chivando a sus jefes todo lo que estaba ocurriendo en Paradise en este fatídico día.

Pero debía hablar nuevamente con Betty Garfield, saber quién era exactamente la joven con la que charlaba y parecía conocer. Presentía que no me había dicho toda la verdad. Esta vez no pensaba ser condescendiente, le apretaría las tuercas al máximo.

Helen permanecía silenciosa a mi lado, también reflexionando sobre los últimos acontecimientos, supongo. El hombre que acababa de matar la tenía un tanto apesadumbrada y meditabunda. Yo había intentado calmarla lo más posible, tratando de que recobrara su estado de ánimo habitual.

La suerte no nos acompañó en esta ocasión. Betty Garfield ya había terminado su turno. No estaba. Un joven patilargo nos dio la información.

Tampoco vimos a Cecil Grant y eso que salimos ganando. Enfilé mi coche hacia Sunset Street, donde vivía Betty Garfield. Esperaba encontrarla allí. Si no, la esperaríamos. No había otra cosa que hacer.

Llegamos justo en el momento de poder ver cómo una melena rubia se introducía definitivamente en un «Chevrolet». El auto salió pitando.

—¡Era ella! —exclamé.

Pisé el pedal del acelerador a fondo. El otro se dio cuenta de inmediato de la persecución, dado el poco tráfico que había, y arreció su velocidad. Tomamos una curva sobre dos ruedas.

Los escasos peatones que encontramos a nuestro paso huyeron despavoridos, algunos dedicándonos improperios de toda índole. No respetamos las señales de tráfico. Los semáforos eran todos verdes y en cualquier cruce siempre teníamos preferencia. Se oyeron chirridos de frenos al detenerse coches en seco, incluso

algún golpe en cadena. Buena la estábamos organizando. El paraíso se estaba convirtiendo en un infierno. Si Clem Simpson y su camarilla de la pasta larga pudieran haber sido testigos de esto, se habrían muerto de un colapso cardíaco.

Al doblar a Bruce Avenue sucedió lo imprevisible. De repente se abrió la portezuela del asiento contiguo del conductor del «Chevrolet» y un bulto salió lanzado al exterior con violencia.

—¡Agárrate! —le grité a Helen al tiempo que hundía el pedal del freno.

El morro de mi auto quedó a una escasa yarda del cuerpo caído e inmóvil de Betty Garfield. El otro coche va se había perdido en la noche, veloz como un cohete de la NASA. Mascullé y juré como un carretero. Luego, salté del coche para ver lo que podía hacer.

Helen me imitó. Los dos, nos acuclillamos junto a la rubia recepcionista del «Paradise Hotel». Los pocos transeúntes se acercaron curiosos. Un par de autos se detuvieron y sus conductores se ofrecieron por si su ayuda era necesaria.

Le di la vuelta al cuerpo. Presentaba escoriaciones en brazos y piernas, también una brecha en la frente. Era lo de menos.

Una bala le había alcanzado el seno izquierdo.

A pesar de todo, y aunque parezca inverosímil, todavía alentaba.

Sus ojos miraban extraviados, llenos de horror y patetismo, presentía su inmediata muerte. Murmuró algo inaudible. Se ahogaba.

Me incliné todo lo que pude sobre ella, pegando una oreja a sus labios. Así fue cómo supe de aquel sitio. El Rancho Fantasma.

CAPITULO XIII

Era un lugar solitario y lúgubre al que se llegaba por un camino vecinal flanqueado por extensas y productivas huertas. La blanca luz lunar lo llenaba todo, confiriendo al paisaje un aspecto espectral.

Vi los dos coches al dejar atrás la arboleda y frené al instante. Apagué las luces y el motor. Seguir era descubrirse, si no estaba ya descubierto. Más allá el terreno era pelado, destacando sobremanera la rústica edificación con sabor a Lejano Oeste.

Era un viejo rancho que databa de la época de la Guerra de Secesión. La leyenda contaba que su propietario, un tal James Garrett, lo había aprovechado como tapadera para ocultar su auténtico negocio: la leva. Multitud de hombres habían sido trasladados allí desde las tabernas de San Francisco y luego embarcados como marinos en los barcos que cruzaban el Pacífico rumbo a China. Ahora sólo servía para que algunos turistas lo visitaran con ánimo de estremecerse con la terrorífica historia de que por allí danzaban los espíritus de los desgraciados que murieron por negarse a embarcar, ni siquiera a la fuerza.

Paradise quedaba a la izquierda, como un núcleo luminoso, de casitas de juguete.

Miré a Helen, luego al rancho y otra vez a Helen. Presentí que acababa de llegar al final del camino. La solución estaba allí enfrente, en aquel rancho oscuro, con leyenda de fantasmas. Ambos habíamos vivido unas intrépidas horas juntos, llenas de intriga y violencia, con sus notas de amargura y su ligera pincelada de un sentimiento que parecía unirnos, que podía unirnos para siempre.

—Slim y Gary están avisados —dije con voz ronca—. Si las cosas salieran mal, márchate. Ya se encargarán ellos cuando lleguen.

—Espérales.

Metí la mano en la guantera y saqué una linterna de bolsillo.

—No.

—Bob...

Una mano de ella se deslizó sobre la mía. No tuve que acercarme mucho para encontrar sus labios. Nos besamos con ardor y nuestras bocas no necesitaron de las palabras para decirse lo que verdaderamente sentíamos.

Bajé del coche y sólo escuché pl insistente cantar de los grillos. Avancé sigilosa y cuidadosamente, aún sintiendo en mis labios la devoradora boca de Helen, su lengua de, terciopelo. Y llegué al rancho sin volver la vista atrás ni una sola vez.

No ocurrió nada. Pisé las tablas del porche y todo continuó igual. Los grillos eran los dueños de la noche. Todo lo demás parecía muerto.

Pegué mi cuerpo a la pared de troncos. Miré los dos coches. Ahora los pude ver mucho mejor. Fruncí el entrecejo. Uno era el «Chevrolet» que yo había perseguido por las calles de Paradise. El otro, un viejo «Oldsmobile». Por tanto, allí estaba Louise Galton. Y ella no era la conductora del «Chevrolet». ¿Quién conducía éste?

La respuesta la tenía al otro lado del umbral. Era la mar de sencillo. Sólo tenía que dar unos pasos hacia adelante. Y entonces...

Me adentré como un huracán, empujado por un valor que no era otra cosa que un miedo de desesperado. La linterna todavía apagada —encenderla podía significar descubrirse— y el revólver firmemente empuñado.

Mis ojos tardaron en acostumbrarse a la oscuridad. A pesar de ello no podía ver mucho. Tropecé con una mecedora. El ruido me produjo escalofríos. Me quedé inmóvil como una estatua, conteniendo la respiración. No sucedió nada. Di un paso. Otro. Y otro.

De pronto, pisé algo blando. Carne. Me estremecí. Carne humana.

Instintivamente encendí la linterna y mi vista bajó veloz.

La vi. Y mis pupilas debieron dilatarse extraordinariamente por el horror.

Yacía como una muñeca rota, su falda tubo azul subida más allá de las rodillas. En su muslo derecho pude aún apreciar la marca de mi zapato. No muy lejos de sus pies, sobre el suelo de tablas, descansaba un revólver con un feo silenciador acoplado al cañón. Imaginé que sería el treinta y ocho y me agaché para comprobarlo.

Lo era. Y más allá había un paquete muy bien envuelto que no llegué a tocar porque algo me llamó más la atención. Aquel ojo que parecía doble...

No, se trataba de una lentilla que se había salido de su lugar. La muchacha usaba lentillas oscuras. Tenía, en realidad, unos ojos color aguamarina. Asaltado por una repentina idea, tiré de su cabello moreno... ¡y quedó al descubierto un pelo tan rojo como la sangre que le manchaba el pecho!

Entonces comprendí. Y sonó el primer disparo.

La bala me mordió el brazo izquierdo como si fuera un lobo hambriento. Un palmo más a la derecha y ya estaría listo en el ataúd.

Grité y apagué la luz. Brotaron nuevos disparos. Oí silbar las balas muy cerca.

Comencé a rodar por el suelo, limpiando todo el polvo. El conductor del «Chevrolet» ya había dado la cara. Y a punto había estado de costarme la vida.

Aguardé, sin moverme, sin hacer fuego, sin encender la linterna, sin respirar casi.

De esta forma transcurrieron largos minutos de tensión agobiante. Yo sabía esperar, tenía a mi favor el tiempo. Si no lo cazaba yo solo, lo haría con la ayuda de mis compañeros que estaban al caer.

El misterioso asesino no tenía tanto aguante. O imaginaba que cuanto más tardara en resolver el asunto, menos probabilidades de escapar tendría. O tal vez llegara a la conclusión de que yo debía estar malherido o muerto.

Comenzó a moverse. Lo escuché perfectamente. Yo continué como si estuviera en el otro barrio. El misterioso asesino se confió aún más, sus pasos se hicieron más precipitados.

Me encontraba tumbado boca arriba, con el brazo izquierdo totalmente inútil. Eso no impedía, desde luego, que con los dedos pudiera aún sujetar contra mi cuerpo, mi estómago exactamente, la linterna, formando un ángulo agudo. La herida me dolía un infierno y para ni siquiera gemir —los hombres, en contra de esas historias de supermán, también gimen, gritan, lloran, suplican— me mordía el labio inferior con rabia. Sudaba a chorros. Mi otro brazo, el derecho, lo tenía apoyado en el suelo por el codo. El revólver apuntaba hacia arriba.

Y el misterioso asesino continuó avanzando hacia la salida.

Mi dedo índice de la mano izquierda le dio al interruptor de la linterna justo en el momento que calculé pasaba por delante de mí. La luz le dio de lleno, también la bala que le envié.

Chilló como una rata asustada y cayó hacia atrás arrastrando consigo algún mueble. Se escuchó un gran estrépito y luego unos quejidos. Si no había errado, le tenía que haber acertado en la clavícula.

Me puse en pie y me acerqué a él tremendamente sorprendido, ansiando comprobar que lo que había visto era cierto. La circunferencia lumínica le alcanzó el rostro. A pesar de tenerlo contraído por el dolor, no había la menor duda. Era él. Thomas Links, doctor en Medicina.

Con lo que sabíamos y lo que confesó Thomas Links, además de alguna aventurada suposición, pudimos más o menos reconstruir todo lo ocurrido.

El doctor dirigía una organización en Paradise dedicada a la prostitución y a la venta de drogas. Sus principales clientes eran los ancianos, a los cuales se les ofrecía un paraíso artificial para sus últimos años de vida. Sueños alucinantes gracias a la droga y fantasías eróticas gracias a mujeres jóvenes con las que apenas podían realizarse. Ambas cosas se las suministraba una persona bien introducida en San Francisco en tales asuntos: Ruth Carson, con la que había entrado en relación gracias a su amante Betty Garfield. Podemos decir que ambos eran casi socios. Y se valían de hombres como Perkins, Sloan y otros que detuvimos tras la confesión, que trabajaban en lugares estratégicos, los cuales hacían las veces de vendedores. A las mujeres las controlaba Betty Garfield, quien por su antiguo oficio tenía experiencia. Thomas Links, aparte de ser el cerebro rector, tenía una importante y delicada misión: encargarse de que no se descubriera el cotarro gracias a su profesión. Me explicaré: certificaba como muertes naturales la de aquellos viejecitos que se iban al otro barrio por sobre- dosis, u omitía las señales de pinchazos que presentaban sus cuerpos. Sólo él se encargaba de las autopsias y de los certificados de defunción.

Pero he aquí que apareció por Paradise Gerald Ford, antiguo amigo de Betty Garfield, y la vio. Tenía noticias de lo que ocurría, era *vox populi* entre muchos ancianos que disfrutaban de esos falsos placeres que aún les acortaba más la vida y que no denunciaban porque estaban encantados con ellos, y pensó que todo era obra de Ruth Carson (Lowell para él) por creer que Betty Garfield todavía seguía siendo su pupila. La telefoneó a Frisco, diciéndole que quería verla en Paradise para discutir sobre el «negocio». El hombre pensaba conseguir una renta extra a costa de la mujer.

Ruth Carson acudió, pues estaba metida en el negocio y no le interesaba que se fuera al cuerno. Se preparó la coartada de Larry Vidor como ya antes se ha comentado y liquidó al viejo. Después regresó al motel y lo primero que hizo fue telefonear a Thomas Links y contarle todo lo ocurrido —gracias a este detalle pudimos enterarnos nosotros, era por lo que lo sabía el doctor—, diciéndole también que le había traído en ese viaje la nueva remesa de heroína, que al día siguiente se verían, ella simularía una jaqueca, una lipotimia, se llamaría al médico, y así se llevaría

el paquete. Cuando colgó se encontró con Belinda Andrews.

La pelirroja amiga de su esposo había tenido una idea: liquidarla antes de que se divorciara, y todo sería para Spencer. Ambos se casarían y disfrutarían de lo lindo del dinero. Pero también se encontró de pronto, de rebote, con el paquete de droga y la interesante conversación telefónica (sólo había escuchado lo que hablaba Ruth, claro está, pero eso era suficiente para saber de qué iba el asunto y quién era su socio). Dedujo que podía sacar un dinerillo extra y telefoneó ella también al doctor proponiéndoselo.

Thomas Links le pidió un plazo. Entretanto quería ver si podía averiguar la personalidad de la chantajista, encontrarla, liquidarla y arrebatarle la mercancía. La casualidad quiso que se tropezara con Helen y yo le informara quién era ella. Eso le llevó a pensar que la hija de Ford había tomado rápida venganza, matando a Ruth y ahora intentando sacarle dinero a él. Y le envió a los dos pistoleros. Pero las cosas salieron mal.

Betty Garfield le avisó entonces de la presencia de Spencer Carson en Paradise. Ella nos había mentido descaradamente, ya que conocía perfectamente la boda de Ruth con el gigoló, pues su ex patrona se lo había comentado en un anterior viaje. Imaginó en seguida quién era Spencer en cuanto Slim Forbes mostró interés por él. Entretanto, el doctor ya había entrado en contacto con San Francisco, con Marcus Templeton, dándole cuenta de lo que sucedía. Y Marcus Templeton y dos de sus pistoleros se trasladaron inmediatamente aquí.

Belinda Andrews cometió entonces una torpeza: quería localizar a su amigo para comunicarle sus planes. Debía saber de su presencia en Paradise por algún comentario de la calle. Y se presentó en el «Paradise Hotel». Allí se dio de narices con su ex compañera. Ella no sabía que Betty estaba en el asunto y le largó un cuento que a la otra le resultó inverosímil, traía un recado para Spencer Carson, pero no quería que la relacionaran con él, dado como estaban las cosas, y por eso se había disfrazado un poco. Dejó la nota, charló un rato de cosas intrascendentes, entonces aparecimos nosotros y se marchó. Spencer Carson, entretanto, estaba resolviendo el traslado del cadáver de su esposa a San Francisco, y por ello no se encontraba en el hotel.

Betty Garfield, por supuesto, lo primero que hizo nada más desaparecimos todos fue leer la nota. Primero llegó Carson. Luego Templeton y los matones. Todos fueron para allá. Pero antes Spencer Carson telefoneó a la oficina. Al leer la nota debió imaginar la verdad, era un truhán, pero no un asesino, y decidió denunciarla. Todos nos encontramos en Cabins Garden. Belinda

descubrió la verdad, discutió con su amante y le mató. Huyó a tiempo, cuando los pistoleros tiroteaban ya la cabaña, pero antes de que Marcus Templeton pensara en la salida trasera. De nuevo se puso en contacto con el doctor y le citó en el Rancho Fantasma. Cien mil dólares por la mercancía. Ahora necesitaba desesperadamente el dinero, pues el plan Carson ya no podía ser.

Helen y yo aparecimos muy oportunamente por casa de Betty. Justo en el momento que su amante la recogía para ir los dos a terminar de una vez, personalmente, con Belinda Andrews. El doctor se sintió desesperado en la persecución y se desprendió de su compañera, creyendo que así nos despistaría, no contaba con que ella aún tendría un soplo de vida para nombrar el lugar de la cita. El coche «Chevrolet» que usó para acudir al Rancho Fantasma era robado, no podía arriesgarse en su propio auto.

Luego, tras haber eliminado a Belinda e ir a recoger el paquete para huir del rancho, vio las luces de mi coche. No fui lo suficientemente precavido. Y decidió esperarme, escondido, para poner el punto final.

EPILOGO

Un día aparecí con rostro radiante por la oficina y le dije a mi jefe:

—Ahí le queda eso. Me largo.

McMillan saltó de la silla, lanzando lejos de sí un folleto turístico que curioseaba. Supongo que su próximo lugar de vacaciones.

—¡Muchacho! —exclamó.

—He encontrado un buen puesto en San Francisco.

—A mi espalda —me recriminó.

—Lo tenía que hacer así. Usted no lo habría consentido. Me han ayudado mucho Clem Simpson y sus amigos de la pasta larga. Todos estaban deseando deshacerse de mí. Soy nocivo para el lugar. Jefe...

Le alargué mi mano. McMillan me la estrechó con sincero afecto. Había pesar en su mirada.

—Te echaré de menos, Bob. Suerte.

—Gracias.

Salí al exterior pensando en el puesto que iba a tener al lado del capitán Montgomery: detective de primera clase en la Sección de Homicidios. También en la mujer que había venido a recogerme con su coche; el mío pertenecía a la fuerza policial de Paradise.

Helen me sonrió desde su descapotable deportivo. Subí a su lado y arrancó.

Ya me había despedido de los compañeros y amigos, así que dejamos atrás el pueblo. Sinceramente, no lo lamenté. Una vez abandoné Frisco porque aquello me parecía un lugar infernal y acudí a la llamada tentadora de Paradise. En estos momentos, regresaba. Y ahora lo comprendía mejor. El paraíso no estaba aquí o allá. Había que buscarlo en uno mismo.

Miré a Helen con su melena negra como ala de cuervo ondeando al viento. Un sexto sentido le hizo girar el rostro, adivinando que yo tenía mis ojos clavados en ella. Nuestras bocas se encontraron a mitad de camino y durante esos instantes el auto describió un trayecto un tanto irregular. El de atrás nos llamó seriamente la atención con la bocina. No le hicimos caso. Nos separamos cuando el aire se nos agotó. Entonces reímos sana y alegremente nuestra pequeña travesura.

F I N

¡En calidad de novedad
exclusiva!

M. L. ESTEFANIA

El mundialmente famoso
autor brinda a sus
lectores la posibilidad
de saborear sus mejores
relatos en las Colecciones...



**CENTAURO Y
OESTE
LEGENDARIO**

¡Cada título, un vendaval
de emoción! Y atención:
¡Son primeras ediciones!

*Asegure
su
ejemplar*

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO
EN ESPAÑA 30 PTAS.

Impreso en España